

LAS MISIONES CATÓLICAS



Precios de subscripción

ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.
EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.

Se publica el 15 de cada mes

Año IX.—Sábado, 14 Septiembre 1901.—N.º 177

Advertencias

No se admite subscripción por menos de un semestre.
El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

♦♦ REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona ♦♦



ALTO TONKIN.—MANDARÍN RODEADO DE SUS SATÉLITES Ó POLICÍAS

Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 206)

SUMARIO

Texto.—CORRESPONDENCIA: Natal: La Misión cafre de Durbán.—Transwaal.—Tonkín.—SIETE AÑOS ENTRE LOS ZULÚS (conclusión).—UN RECUERDO á los misioneros Agustinos que han sucumbido en Filipinas: el P. Juan Tarrero (continuación).—DIEZ AÑOS EN EL ALTO TONKÍN.—JAPÓN HISTÓRICO Y ARTÍSTICO (Kamakura y Nikko); Ruinas y mausoleos (continuación)—MISA PONTIFICADA SEGÚN EL RITO CATÓLICO ARMENIO.—VARIEDADES: La emperatriz Carlota y Napoleón III.—SUBSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA «OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.»—BARTEK EL VICTORIOSO, capítulo VIII, novela por Enrique Sienkiewicz.

Grabados.—ALTO TONKÍN: Mandarín rodeado de sus satélites ó policías.—Entrada de un pueblo cristiano.—Actual iglesia de Hoang-Xa.—Pagoda á orillas del río.—JAPÓN: Nikko: Muestra de las esculturas que adornan el interior del templo de Iyeyasu.—Los monumentos de Nikko.—ZULULANDIA (*Africa Meridional*): Rey zulu indigena rodeado de su corte.—Ilustración de la novela *Bartek el Victorioso*.

CON LICENCIA ECLESIASTICA

CORRESPONDENCIA

NATAL

LA MISIÓN CAFRE DE DURBÁN

Acabamos de recibir y publicamos gustosos la siguiente conmovedora carta del R. P. Manuel, oblató de la Inmaculada Concepción.

No negaréis á un pobre misionero cafre el lugar que solicita en las columnas de vuestra Revista. Vengo á pedir limosna: las necesidades son muchas, los recursos pocos. ¡Dios proveerá!

Dos años aun no se han cumplido del día que pisé por vez primera tierra africana. Hice el aprendizaje en una Misión vecina, y luego el Ilmo. Jolivet me llamó á Durbán para colocarme al frente de la Misión cafre.

Aumentan las dificultades de la santa empresa de convertir á los cafres, el que cuantos en Durbán se encuentran están de paso uno, dos, tres ó cuatro años para trabajar y hacer dinero.

Contamos unos cincuenta ó sesenta católicos: pocos son, pero excelentes. Muchachos en su mayoría de dieciocho á veinticinco años, observan ejemplar conducta, que entre la corrupción que les rodea bien merece calificarse de admirable. Confiesan y comulgan una vez al mes con constancia que bien quisiera yo para muchos católicos súbditos de las católicas naciones europeas. Y que la Comunión mensual es el único medio de conservarse buenos y puros, lo demuestro comparando los constantes con los pocos negligentes que olvidan práctica tan santa.

Veinte catecúmenos concurren puntualmente á la clase ó explicación del Catecismo. Todos los días al caer la tarde los reúno en la iglesia de los blancos, y les explico cuanto deben creer y practicar para ser buenos católicos. Escuchan quietos, atentos. Nada más edificante que los esfuerzos que hacen para comprender y

meterse en la cabeza las ideas sobrenaturales, á las que apenas llega su inteligencia enmohecida por haberla dejado dormir. La generalidad llegan al templo jadeantes, sudados: es que vienen de muy lejos. La jornada acaba á las cinco, y á muchos les falta tiempo para comer un puñado de arroz antes de venir al Catecismo. Varios deben correr para llegar á tiempo, pues han de salvar distancias para recorrer las cuales es menester hora ú hora y media. La mayoría de los asistentes es pagana: sin embargo, no faltan protestantes del Ejército de la Salud, de la Iglesia Wesleyenne y de la Iglesia de Inglaterra. Han aprendido que estas religiones «no dan la paz verdadera», y vienen cabe «el sacerdote de Roma, cuya palabra consuela y alegra el corazón.»

Cuando bautizados, confirmados y recibida por vez primera la Sagrada Comunión regresen á sus pueblos á la casa de sus padres aun paganos, trabajarán con empeño para lograr la conversión. Hermanos y amigos vendrán á trabajar para mantener su pobre familia y á instruirse en las verdades eternas: los neófitos de hoy serán los misioneros de mañana.

El domingo á las tres de la tarde tenemos lo que aquí llaman *servicio*. Los cafres se reúnen en número de 150 á 160. No podemos admitir más: nos falta sitio. Unos son católicos, otros protestantes, otros paganos: todos vienen á oír «las historias del Dios bueno.»

Cuando el calor no es muy fuerte, algunas damas cafres nos honran con su presencia. Su *toilette* basta verla para convencerse que no es obra de ninguno de los grandes talleres de las *modistas* francesas. Algunas se niegan á entrar en la sala donde nos reunimos, pues comprenden que su traje es asaz primitivo: unas enaguillas de viejo cuero, largas de medio metro, y un manto echado á la espalda.

La función religiosa empieza entonando varios cánticos, que cantan cuantos los saben: luego se reza el Rosario, y á continuación actos de fe, esperanza, caridad y de contrición: acto seguido el sermón, acabando con un cántico, durante el que hay una cuestación para el nuevo templo.

Con admiración y consuelo vivísimo he visto el bien producido por estas reuniones dominicales: los católicos aumentan el tesoro de su fe; los catecúmenos el deseo de formar parte de la Iglesia de Roma; los protestantes comprenden la iniquidad de las calumnias de sus ministros, los paganos son felices al oír y al convencerse de que no son animales, como algunos blancos desean hacerles creer, y que tienen una alma inmortal que deben salvar.

Con tristeza oigo repetir un día y otro día, que los sacerdotes católicos son los únicos que carecen de capilla para los cafres, cuando los protestantes la tienen tan rica y espaciosa: ¿qué responder á tan fundadas quejas? Nada, sino que somos pobres.

Pero gimiendo y suspirando se adelanta poco, convencido de lo cual me he resuelto dirigirme á los católicos europeos pidiéndoles su auxilio para levantar en Durbán una capilla para mis queridos cafres.

Nuestra situación actual es como sigue: durante la semana nos permiten reunirnos en la iglesia de los blancos. Entre la hora en que los cafres pueden llegar, á causa de su trabajo, y la hora en que se reúnen los blancos para rezar las oraciones de la tarde, media apenas media hora. Los domingos muchos cafres se ven imposibilitados de entrar en el templo á oír Misa, porque no caben. Los he visto llorar de dolor.

Cada domingo después del sermón paso la bandeja. Los cafres no son ricos, y estoy admirado de su generosidad. Por regla general cada uno da 3 *pence* (0'30 cénts. de franco), otros 6 *pence*, y alguno 1 *shilling* (1'25 francos). El total de la colecta suele variar de 13 á 18 francos. Así he reunido 1,625 francos. Necesito 8,000. Habiendo sido tanta la generosidad de estos cafres pobres, que apenas tienen para comer miserablemente, ¿no habrá un europeo, no habrá en la Europa católica quien envíe al misionero estos pocos miles de francos que necesita para levantar un templo donde reunir sus cafres?

TRANSWAAL

El Rdo. P. James O' Hare, que ha pasado muchos años en el Africa del Sud, y que ahora se halla en Francia por motivos de salud, ha enviado al Comité pro-boer la siguiente carta de interés general y que merece ser publicada:

Inglaterra y su prensa, dice el misionero, no han quedado satisfechas de tener por objeto de sus aspiraciones la esclavitud de los boers, el dominio de sus territorios, la incautación de sus minas auríferas, sino que quieren también empañar y desfigurar su hermoso y franco carácter á los ojos del mundo.

Entre otras muchas calumnias los ingleses han declarado que los boers son intolerantes en materia de religión. Pues bien, señores, haciendo caso omiso de otras innumerables calumnias, me limitaré á refutar esa sola. Yo soy irlandés y sacerdote católico; he pasado catorce años de mi vida como misionero en el Africa Austral, y durante este corto período de tiempo he conversado casi diariamente con los boers.

Por eso tengo derecho de hablar sobre este asunto. Los boers son por lo general protestantes, y no tan sólo de nombre; tienen mucha fe en su religión y la practican con ardor; son muy sencillos, industriosos, honestos, y por lo que yo he visto, no se cuidan de la religión de los demás.

Demoré cuatro años en la región del Gran Karroo, distrito que se extiende entre Gudshtorn y el Río Orange; no tenía más que un solo templo, y, por consecuencia, me veía obligado á largos viajes para visitar mis feligreses, cuyas casas estaban muy lejos las unas de las otras.

Pues bien, en esos viajes tuve ocasión de conocer á los boers y de experimentar los sentimientos de hospitalidad de que están animados. Frecuentemente me han recibido, sabiendo que era sacerdote católico, y me han acogido con interés. Las casas de los boers eran para mí casas de amigos donde recibía «gratis» lo que necesitaba: centenares de veces los boers me han dispensado la más cordial hospitalidad sin pedirme un

solo centavo. En Johannesburgo existe un hospicio para albergar peregrinos de todas las religiones, razas y nacionalidades, y ¿quiénes son los directores de este gran establecimiento?... Las Hermanas de la Sagrada Familia venidas de Francia, y estas mujeres Religiosas de fe católica no tienen otros recursos que la generosidad de los boers. Además, ellas poseen una bonita capilla aneja al hospicio y una gruta de Nuestra Señora de Lourdes en el terreno de su propiedad.

Los gastos para las dos construcciones han sido costeados por los boers, estos grandes y nobles defensores de la religión y de la libertad. He visitado en Johannesburgo la gran escuela de los Hermanos Maristas franceses, donde reciben educación 1,000 niños de todas las naciones, como también una escuela femenil regentada por las Hermanas de la Sagrada Familia, y un asilo para huérfanos y ancianos en la misma ciudad, que está bajo la dirección de las Hermanas de Nazaret. He preguntado á las superiores de estas casas: «¿Cómo os lleváis con los boers?» y la contestación ha sido un caluroso elogio de los boers y de su Gobierno.

Desde Johannesburgo me trasladé á Potchefstroom, después á Klerksdorp, y finalmente á Pretoria. En cada una de estas ciudades hay una Misión católica, un convento y una escuela. En todos estos lugares los sacerdotes y las Hermanas me hablaban de los boers como de buenos y sinceros amigos.

Por fin me hallaba en el Transwaal en ocasión del «Jameson Raid», cuando la intriga y la doblez inglesa hicieron el pacto de abrir las puertas de la ciudad del oro al «trust» de los capitalistas y á los lobos rapaces del «Stock-exchange».

Allí he oído de boca de los mismos «uitlanders»: «Nosotros no podemos quejarnos; estamos muy conformes con los boers.»

Las llamadas «grievances» son invenciones de los millonarios que buscan los medios de amontonar oro robado á los boers.

TONKIN

Copiamos de la Revista mensual el *Santisimo Rosario*, que publican los Padres Predicadores, la siguiente interesante y consoladora carta:

Sirva la presente para darles noticias del triduo que acabamos de celebrar en honor del Beato Túan, natural de Ngoc Dong (Tonkín Central).

Si es, pues, muy natural el entusiasmo y la alegría en la celebración de las fiestas de los Mártires, mucho más lo es aún cuando se celebran en el mismo lugar en donde nacieron, vivieron y que más tarde fué teatro de sus triunfos. Pues bien; aquí en Ngoc Dong fué donde nació nuestro Beato; este mismo sitio fué robado, saqueado, incendiado y arrasado por los crueles esbirros de los sanguinarios Minh-Manh y Tu-Duc. Aquí es donde reposan los venerables restos del Beato y de otros muchos Mártires. Ante estos venerables restos, dentro de la bonita y lujosamente adornada iglesia, con la asistencia de una multitud de fieles é infieles imposible de determinar, hemos celebrado este triduo. No

sólo Ngoc Dong, sino todos los pueblos pertenecientes á este distrito, han contribuido con todas sus fuerzas para que las fiestas salieran con todo el esplendor posible. Como los tonkinos generalmente tienen una idea muy baja de sí mismos, y hasta ahora no han tenido santo alguno, desde que oyeron que los Mártires anamitas eran puestos en los altares para la pública adoración de los fieles, fué grande su admiración, y les costaba mucho el creerlo. Unos preguntaban: «¿Los europeos adorarán nuestros Mártires? ¿En el cielo se pondrán después de los europeos?» y otras preguntas debidas á su sencillez é ignorancia. Pasada esta admiración, todos se prepararon á celebrar las fiestas como una cosa nueva y jamás vista; los infieles tomaban parte en esta admiración, así como también la tomaron en la celebración de las fiestas. Unos días antes del triduo se adornó la iglesia con verdadero gusto; todas las columnas, que pasan de treinta, estaban cubiertas con preciosas telas y rodeadas de luces; en el atrio de la iglesia se improvisó una casa alta y espaciosa, y otra á cada uno de los lados de la iglesia, para contener á los fieles, pues el templo era incapaz. Por todo el pueblo se levantaban grandes cañas, adornadas con coronas, banderas y otros objetos: entre las banderas llamaba especial atención, un grupo que ondeaba con majestad sobre el caballete de la casa improvisada, de esta manera: en un extremo del caballete se fijó la bandera de la iglesia, en el asta de ésta se enclavó la del reino, y á los dos lados de la última se izaron respectivamente la española y la francesa, para dar á entender que estas dos naciones sostuvieron la Religión en este país. Cuanto más se acercaban los días destinados crecía el movimiento del pueblo, que no cesaba de prepararse. Tanto los de Ngoc Dong como los de los pueblos cristianos circunvecinos, se hicieron trajes nuevos para los días del triduo; el de los hombres era de color verde muy subido, el de las mujeres encarnado, y todos de seda.

Este mismo día llegó á Ngoc Dong el M. R. P. fray Anselmo Foronda, vicario del Tonkín Central, y por la tarde llegó también el M. R. P. Fr. Bonifacio García, dignísimo rector del colegio de Moral de Sat. Grande fué nuestra alegría al tener la dicha de abrazar á tan amable Padre, y al ver que se aumentaba el personal para poder dar realce á las fiestas. También vino de la capital de Hung-yen nuestro simpático amigo el R. P. Fr. Manuel Moreno; de manera que nos reunimos en Ngoc Dong cinco misioneros españoles y siete Padres anamitas.

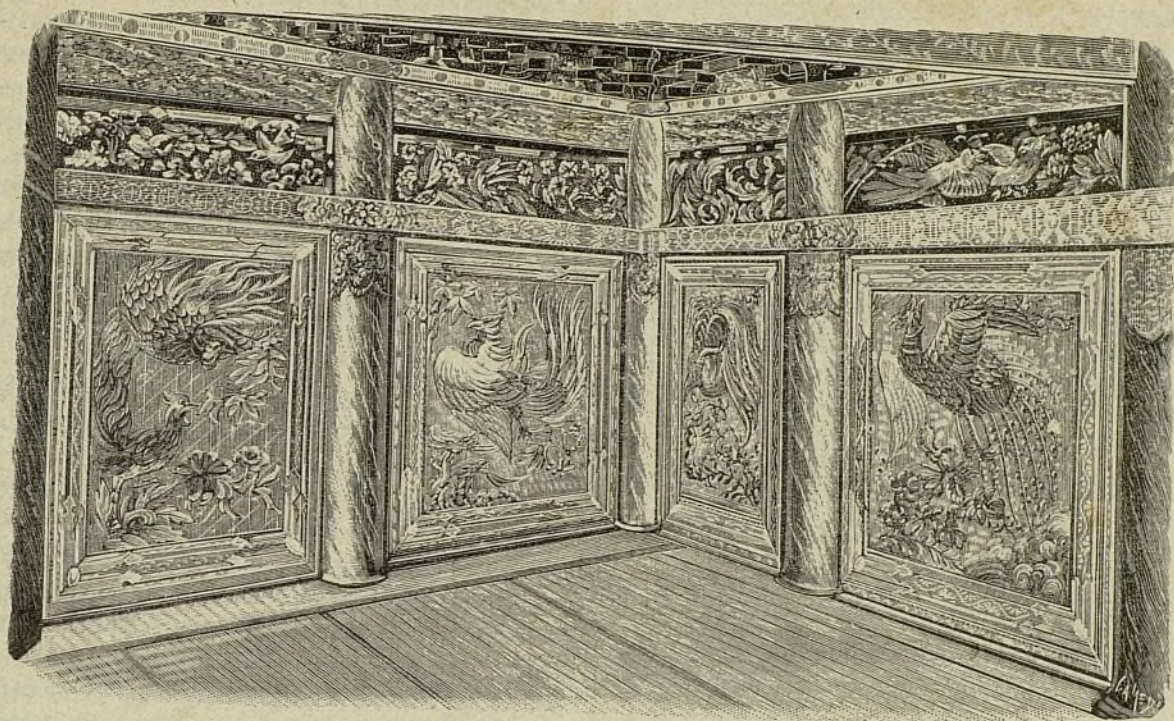
Se había dejado con intención la estatua del Beato en un pueblo cristiano, distante casi una legua, para que el día anterior al triduo fuesen á ese sitio los cristianos y la trajesen en procesión. Llegado este día los de Ngoc Dong y los de todos los pueblos pertenecientes á este distrito, vestidos con sus trajes nuevos y provistos de una infinidad de bombos, platillos, varios instrumentos de cuerda, cohetes, banderas y otros mil y mil objetos vistosos, se dirigieron á Hoang Xas, que era el pueblo donde estaba la estatua del Beato Túan. Iban también varios coros de niños y niñas que alternativamente cantaban en verso anamita la vida del Beato; los demás fieles iban rezando el Rosario. Real-

mente que era admirable ver aquella multitud rezar el santo Rosario, cantar la vida del Beato mártir en medio del bullicio producido por miles de curiosos, y del ruido de los bombos, tamboriles, platillos, etc., etc. A medida que adelantaba la procesión el gentío se aumentaba. Como á estos tonkinos les gusta y lo toman como una cosa muy solemne el ir con mucha prosopopeya, tardó la procesión en llegar á Ngoc Dong unas cinco horas. No sé cómo pudieron resistir tanto, pues hacía un sol de justicia; sin embargo, ellos contentísimos y deseando alargar la procesión. A eso de la una de la tarde entraban en Ngoc Dong; se dirigieron al nuevo hospital construido con sólo las limosnas de este pueblo, en donde se dejó la imagen del Beato Túan, para que por la tarde se hiciese otra procesión.

A eso del obscurecer salió la procesión del Hospital; rompían la marcha unos cuantos bombos, tamboriles, banderas, etc.; seguían los niños vestidos con sus trajes de seda; cerca de estos últimos iba la banda de cuerda; continuaban dos largas y nutridas de principales de los pueblos; detrás iban las andas que conducían la estatua del Beato Fernández, y un poco más atrás seguía la del Beato Túan, detrás de la cual iba el preste. Después continuaban dos hileras de niñas y señoras vestidas con sus nuevos trajes de seda carmesí; iban tantas, que formaban dos hileras que se perdían de vista. Cerraba la procesión una multitud de gente de toda clase y condición. La procesión recorrió casi todo el pueblo, y á eso de las ocho de la tarde entraba en la iglesia. Esta ofrecía en aquel momento un golpe de vista verdaderamente fantástico: las Imágenes iluminadas por infinidad de luces parecían sonreírse; nuestra alma sentía como una corriente dulce y suave que la embelataba. ¡Cuán bella y tierna me pareció entonces la Virgen María y el Niño Jesús! Al contemplar una tanta hermosura, al ver llena la iglesia y una multitud inmensa aglomerada al rededor de ella, nuestra alma se sentía satisfecha; nuestros ojos derramaban lágrimas, y un ¡oh qué bien! se escapaba de nuestros labios.

Durante esta procesión corrió la voz que todo el río que pasa por cerca de este devoto pueblo, estaba lleno de peces que se dejaban coger: multitud de gente se dirigió al río y hallaron ser así. Todos se dedicaban á coger peces, y hasta los tripulantes de un vaporcillo que había anclado allí, se entretuvieron en coger peces también. El trayecto en donde se observó este fenómeno fué muy largo. Hasta el presente no se ha visto semejante cosa; los cristianos inmediatamente lo atribuyeron á milagro: de todas maneras me parece un caso raro digno de notarse.

Este día lo mismo que los tres siguientes, fué tal el concurso de gente que acudió al confesonario, que nos fué imposible confesar ni la tercera parte. Se disputaban el turno con verdadera tenacidad. El 21 fué el primer día del triduo: á primera hora se dijeron las Misas rezadas y se administró la Sagrada Comunión á los que pudieron confesarse el día anterior. A las ocho poco más ó menos fué la Misa mayor, en la cual ofició el M. R. P. Fr. Anselmo Foronda, viceprovincial de este vicariato, asistido de los PP. Fr. Manuel Moreno y Fr. Serapio Gil. El sermón estuvo á cargo del R. Padre Fr. Eustaquio García, quien relató con verdadera



JAPON.—NIKKO: MUESTRA DE LAS ESCULTURAS QUE ADORNAN EL INTERIOR DEL TEMPLO DE IYEYASU.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Ribaud. (Pág. 207)

maestría la vida del Beato, teniendo rasgos de verdadera y sólida elocuencia que hablaban al corazón. Por motivo de las confesiones, no se pudo exponer á S. D. M. más que por la tarde. Cientos de personas aglomeradas á cada confesonario, ¡ah, pedían pan y no había quien se lo partiese! Pues en estas ocasiones se ve que muchos quieren mudar de vida y convertirse verdaderamente á su Dios. Por la noche de este día tuvimos una representación de la vida de los venerables Mártires, del tiempo del impío rey Minh Menh, en verso anamita. La representación fué tan al vivo y desempeñaron tan bien su papel los ejecutantes, que muchos de los presentes no cesaban de llorar: duró desde las nueve hasta cerca de las doce de la noche.

En el segundo día tuvo la Misa mayor el R. P. fray Bonifacio García, asistido de los PP. Eustaquio García y Serapio Gil, predicando durante la Misa el M. R. Padre Fr. Manuel Moreno: tomó por tema del sermón aquella visión de San Juan, en que veía aquel escudrón selecto vestido de ropa blanca, etc., aplicándolo á los Mártires del Tonkín, deteniéndose en especial á referir los trabajos de los venerables Mártires de esta provincia del Hung-yen. Expuso muy conmovido y con verdadera unción apostólica, el grande amor de los nuevos Beatos á la cruz, por donde se hicieron dignos del martirio; y exhortando á los fieles á que los imitasen, concluyó con una súplica muy tierna á nuestros Beatos. Lo restante del día lo empleamos en confesar, sin tener el consuelo de concluir. ¡Se caía el alma de pena al ver que muchos habían venido de lejos, habían aguardado uno ó dos días y no podían confesarse! Hasta hubo quienes se daban dinero para poder entrar antes.

El último día ofició el muy reverendo Padre Vicario provincial, asistido de los RR. PP. Fr. Manuel Moreno y Fr. Eustaquio García, predicando el P. Fr. Serapio Gil, versando el sermón sobre «cómo Jesucristo quiso

padecer para ser nuestro modelo y exhortarnos á padecer, cómo respondieron los Mártires desde Jesucristo hasta ahora, y cómo debemos responder nosotros.» Este día después de Misa se dieron á besar á los fieles la reliquia de dieciséis Mártires. Por la tarde tuvimos Completas cantadas y exposición de S. D. M. Por la noche de este día hubo fuegos artificiales: como era la primera vez que se han hecho en este lugar, acudieron en número excesivamente extraordinario: gustaron muchísimo.

Al día siguiente principiaron las visitas para dar gracias por tales fiestas. Como aquí no se suelen presentar sin traer algunos regalillos, hubo muchos y muy variados: unos traían frutas, otros huevos, otros cerdos, gallinas, arroz, etc.; los del pueblo de Ngoc Dong regalaron un buey entero asado. Unos cuantos días después los principales de este pueblo, para conmemorar estas fiestas, pidieron licencia para celebrar un convite de tres días. Una vez obtenida esta licencia, convidaron á todos los principales de los pueblos de este distrito y de otros, y también á los principales infieles de por aquí. El primer día del convite se mataron tres carabaos, uno ó dos bueyes, cerdos, etc.: casi todo el día los principales de este pueblo estuvieron recibiendo huéspedes. Según llegaban se les servía una opípara comida, concluida la cual se retiraban para recibir á otros comensales. Durante la comida dos bandas de música recreaban el oído con verdadero placer. El día segundo y tercero se continuó matando carabaos, bueyes y cerdos, y se servía á todos los convidados según iban llegando. Como este pueblo es muy grande, se dispuso que la mitad entrase en el día segundo, y la otra mitad en el día tercero. Entre los de aquí y los de afuera, en cada uno de estos tres días no debió bajar el número de los comensales de mil. No obstante tanta gente, hubo orden, paz y santa alegría, cosas que se les recomendó

muchísimo. Antes de ir á comer solían venir á presentarse y hacer la reverencia. Desde casa nos llevaban á la casa de visita, precedidos de una banda de música: una vez en la casa de visitas nos sentábamos un poco, nos hacían reverencia, se tiraban unos cuantos cohetes, les daba algunos consejos paternales el buen P. Eustaquio, y se iban luego á comer. Todo esto se hizo durante los tres días del convite. Los infieles también vinieron á hacernos la reverencia. Dios nuestro Señor, por la intercesión de nuestros Beatos, se digne iluminar el corazón de tantos infieles como hay por aquí, para que conozcan la verdad y se salven. He aquí á grandes rasgos un poco de lo que hemos hecho en este triduo.

SIETE AÑOS ENTRE LOS ZULÚS

POR EL R. P. ANSELMO ROUSSET
OBLATO DE MARÍA INMACULADA, MISIONERO DE CAFRERÍA

(Conclusión)

Penosos fueron los principios de Emoyeni, pues hubo que desbrozar terrenos yermos, trazar caminos, arrancar malezas y luego dedicarse á plantaciones útiles. Sólo pueden formarse idea del gran trabajo que exige la creación de una Misión, los que han tenido á su cargo fundaciones de este género.

En seguida empecé la instrucción de mis nuevas ovejas.

Al cabo de algunos meses el Ilmo. Jolivet dispuso vinieran á secundarme tres Hermanas Dominicas procedentes de la Misión de Oakford (Natal). Estas abnegadas Religiosas, á quienes no dejará Dios de recompensar como merecen, hubiéranse considerado felices dedicándose hasta la muerte á la obra tan meritoria de la educación de los pequeños zulús.

Empero transcurridos dieciséis meses de residencia en Emoyeni, su superiora las llamó de nuevo á Oakford, donde eran ya insuficientes treinta y cinco Hermanas. Su partida no dejó de perjudicar á la Misión, y ponerme en situación harto crítica. Felizmente, la reverenda Madre Priora de las Dominicas de Newcastle (Natal) compadecióse de mí, y á pesar de su penuria me designó tres Religiosas.

Al cumplirse un año de mi llegada á Emoyeni tuve la inmensa dicha de bautizar algunos adultos y niños, primer núcleo de cristianos. Ahora, es decir, al cabo de veintiocho meses, cuento unos cincuenta católicos. Los paganos no piden en masa abrazar nuestra santa Religión, pues opónense á su conversión fuertes obstáculos, siendo el principal de ellos la poligamia; debiendo añadirse las costumbres paganas, la indiferencia religiosa y la multiplicidad de las sectas protestantes.

Confío, sin embargo, que con el divino auxilio seguiremos nuestra marcha progresiva, lentamente tal vez, pero con seguridad.

Por Navidad de este año tuve la dicha de regenerar con el agua bautismal diez adultos y dos niños.

En la misma noche de Navidad seis niños de nuestra escuela hicieron su primera Comunión. ¡Interesante y consoladora fiesta! ¡Cuán dichosos parecían aquellos queridos neófitos, y qué gozo inundaba el corazón de los primeros comulgantes que acababan de unirse con Aquel que hace apenas dos años era para ellos el Dios desconocido! Ocioso es añadir que aquel día fué para el misionero uno de los más felices de su vida.

En breve empezaré las instrucciones regulares preparatorias para el bautismo, habiéndose inscrito ya quince adultos. Atraer á los paganos, prepararlos convenientemente para la recepción del Sacramento que los hará hijos de Dios, iniciarlos en el método de vida que deben seguir una vez recibidos en el seno de la Iglesia, si no tarea ligera, es por lo menos nobilísima.

Con semejantes oyentes nunca se pecará por exceso de claridad y sencillez. No deben escatimarse ejemplos y comparaciones si se quiere que comprendan los principales puntos de la doctrina cristiana.

Esforzábame cierto día en explicar á mis catecúmenos, que estaban muy atentos, el misterio de la Santísima Trinidad. El caso exigía como el que más recurrir á comparaciones: lamentaba no tener entonces á mano, como en otro tiempo San Patricio, un tallo de *shamrock* (trébol). A falta de cosa mejor, tomo mi bonete de tres puntas y digo á mi auditorio:

—¿Veis este bonete? No es más que uno. Pero, observad bien: ved aquí una punta, luego otra, y por fin una tercera. Tres puntas iguales en un bonete único.

La sonrisa que apareció en todos los labios me indicó que habían comprendido.

Dios-me perdone si me sirvo de tales comparaciones, las únicas al alcance de tan toscas inteligencias.

La transformación de estas almas paganas exige tiempo y paciencia. Hay que desarraigar ideas las más extravagantes y groseras, y hacer que desaparezcan, se olviden y detesten costumbres reprobables. Y terminada esta tarea de demolición hay que construir, esto es, levantar sobre las ruinas del error y del vicio una construcción enteramente nueva que deberá descansar en la verdad y la virtud.

Poco después de mi llegada á Emoyeni enfermó gravemente una niña de cuatro años; la bauticé, y su alma voló al cielo el día siguiente al de su bautismo.

Tres ó cuatro días después de la muerte de la niña, sus padres, todavía paganos, llamaron á un médico-hechicero.

Siguiendo sus prescripciones inmolaron dos becerros. «Sería, sin duda, diréis, para ofrecer su carne á los manes de los antepasados ó á los ídolos.» ¡Bueno fueral! ¿Qué le quedaría entonces al alegre compadre? Parte de la sangre echóse en agua hirviente, en la que el hechicero mezcló luego una medicina por él dispuesta. Cada uno se adelantó y mojó la punta de los dedos con el agua enrojecida é hirviente aún. El charlatán practicó en seguida una pequeña incisión en las sienes y en la coronilla de la cabeza de los espectadores, inyectando otra panacea. La grotesca ceremonia terminó rociando la choza con una tercera droga. Todas estas

pantomimas tienen por objeto preservar á los padres de la enfermedad y de la muerte.

El hechicero representó la comedia según su costumbre. A mi vez quise hablar é indiqué mis remedios. Lo hice el mismo día, y fuí comprendido. Desde entonces, la muerte nos ha arrebatado otros dos niños, pero el médico-hechicero ha tenido que permanecer en su casa.

Hecho tan sencillo demuestra las buenas disposiciones de estas almas. Forzoso es añadir, sin embargo, que no siempre es fácil convencerles, pues los recalcitrantes abundan. Falta desarraigar todavía muchas malas hierbas y arrancar no pocas espinas; pero el terreno es bueno, se ha sembrado ya la semilla de la palabra divina, y promete abundante cosecha.

El misionero no es más que un instrumento en manos de Dios. Cualquiera que sean sus imperfecciones, le es dado atestiguar los maravillosos efectos de la gracia. No pocas veces he gozado este consuelo desde mi llegada á Zululandia. Con frecuencia se oye á nuestros visitantes hacer esta reflexión:

—¡Cuánto edifica ver á estos cristianos de ayer rogar con tanto fervor!

Nuestros católicos, en efecto, nunca se aburren de permanecer en la iglesia. Muchos de ellos, terminados los ejercicios en común, se quedan todavía en el lugar santo para hacer sus devociones particulares. Durante la Misa la oración en alta voz alterna con los cantos, generalmente muy ajustados, de nuestros cincuenta niños de la escuela. Realza la belleza de los cánticos la variedad de lenguas, ya que pónense á contribución sucesivamente el zulú, el inglés y el latín.

Pido á los lectores de *Las Misiones Católicas* una oración en favor de mis queridos hijos espirituales á quienes amo de todo corazón. Ciertamente que con frecuencia tengo que llamarles al orden; pero la buena voluntad triunfa siempre de los olvidos y negligencias. Como mis fieles conocen que el misionero sólo reside entre ellos para hacerles bien, rodéanle de respeto enteramente filial, aun cuando les reprende.

Cierta domingo á causa de la violencia del viento pocos fueron los cristianos que oyeron nuestra campanilla: por consiguiente algunos llegaron tarde. Al último Evangelio, omitiendo el sermón preparado, amonesté severamente á mis oyentes, queriendo aprovechar la ocasión para sacarles de su habitual pereza. Terminada la acción de gracias, sorprendiome ver á toda mi gente reunida al rededor de la iglesia. Fuí á desayunarme, pero acercándose mi doméstico, me dijo:

—Padre, desean hablarte.

—¿Quién?

—Todos.

Salí luego, y oí que todos á una voz me decían:

—Padre, venimos á suplicarte que nos perdones.

Ya se adivina que el perdón fué generosamente otorgado.

Una palabra sobre las dos plagas que desolan actualmente el Africa del Sur.

Cinco años atrás apareció en estas comarcas la langosta. Este insecto llega aquí por enjambres inmensos.

Al verlos de lejos parecen una nube ó espesa humareda que se cierne por los aires. Cuantos tienen cosechas en los campos ó legumbres en los huertos prepáranse á la defensa. Si las langostas llegan hambrientas y en tiempo tranquilo, invaden la tierra por millones. Este espectáculo, triste y grandioso á la vez, me recuerda ciertos días de invierno en Europa, cuando espesos copos de nieve caen y se amontonan en el suelo. Acto continuo estos insectos omnívoros empiezan su obra de destrucción. Árboles, plantas y hierbas de toda clase, nada se libra de su voracidad. Procúrase asustarlos haciendo todo el ruido posible por medio de placas metálicas: trabajo poco menos que inútil. Las langostas vuelan á vuestro paso, pero vuelven en seguida. Con frecuencia hay que resignarse á ver perecer las cosechas, á menos que sólo se tenga que defender un campo de poca extensión, y aun á costa de inmensa fatiga.

El H. Boudón no ha olvidado ciertamente el día en que desde el amanecer hasta la una de la tarde, tuvimos que hacer paseos desesperados en torno de una cosecha de maíz que queríamos preservar á toda costa. A pesar de nuestros esfuerzos sólo lo logramos á medias, y por mi parte repetidas veces tuve que echarme en cama falto de aliento.

A esta plaga hay que sumar hace dos años la *Rinderpest*, que sucesivamente ha visitado la colonia de Natal, Basutolandia, el Estado libre de Orange, el Cabo, Zululandia, el Transwaal y otras muchas comarcas del centro de Africa. En nuestros parajes esta enfermedad, que se ceba únicamente en la especie bovina, ha aniquilado todos los rebaños. Nuestras gentes de Emoyeni eran ricas en ganado, y de doscientos bueyes apenas quince quedan indemnes. Yo mismo poseía cuatro pares que me prestaban grandes servicios para la labranza y el acarreo, y en el espacio de tres semanas han sucumbido todos, lo que es considerable pérdida para la Misión. Me convendría sustituirlos, pero ¿cómo proporcionarme los mil francos precisos para comprarlos? Confío, sin embargo, que la Providencia inspirará á las almas generosas la idea de socorrer al pobre misionero de Zululandia.

UN RECUERDO

Á LOS MISIONEROS AGUSTINOS QUE HAN
SUCUMBIDO EN FILIPINAS, VÍCTIMAS DEL
SEPARATISMO Y DE LA MASONERÍA.

(Continuación)

EL P. JUAN TARRERO

Regentó después la parroquia de Arayat por espacio de catorce años, empleándolos incansable en el puntual desempeño de su ministerio. Tres cosas tomó con especial interés en este pueblo: el esplendor del culto divino, la instrucción religiosa y científica de sus feligreses, y la conservación de los mismos en la pureza de la fe, y en el amor tradicional á la madre patria.

Para el mayor esplendor del culto no se contentó con poner nuevo quizame á la iglesia y adornarla con profusión, sino que pagó buenos músicos y cantores, y por este medio logró sin dificultad apartar á los indígenas de la gallera y de otros sitios de juego, donde pasaban los días festivos entregados al vicio, y atraerlos á la iglesia, donde santificaban aquellos días y aprendían á elevar sus pensamientos por cima de los intereses de la tierra, y á poner sus deseos en bienes mucho más altos y duraderos que todos los que podemos adquirir y gozar en este mundo.

Como medio para fomentar la instrucción entre sus feligreses, además de cumplir al pie de la letra las prescripciones del Santo Concilio de Trento con respecto á la predicación en los domingos y días festivos, de añadir otro sermón por la mañana, y otro con frecuencia por la tarde, de recorrer constantemente los barrios lejanos exponiendo en ellos las verdades cristianas, y distribuir gratis muchos libros de piedad, costeó la carrera á varios individuos, entre ellos á un maestro y tres maestras, con el objeto de que pudiesen luego difundir la instrucción en el pueblo, y dejó escritos varios opúsculos muy á propósito para la enseñanza del indio, entre los cuales merece especial mención el que dedicó á la juventud.

Puso también gran cuidado en conservar en sus feligreses la pureza de la fe, y habiendo observado que por los límites de las provincias de Tarlac y Pampanaga se habían propagado algunos errores protestantes, á los cuales no era extraño cierto clérigo indígena, á quien en un registro verificado en su casa por orden del arzobispo Sr. Nozaleda, se le encontraron libros contra la Misa, la Confesión y otros puntos del dogma católico, no se dió el P. Juan punto de reposo hasta que logró extirpar por completo aquellos errores. Trabajó asimismo con gran fruto por desterrar de su feligresía los bailes escandalosos, y el pecado de la mancebía, recibiendo con este motivo no pequeños disgustos y sinsabores de parte de muchos que se hallaban bien en su estado de pecado y no querían salir de él.

Pero lo que mayor odio le produjo de parte de los filibusteros y masones, y lo que le fué preparando el camino del martirio, fué su interés por mantener vivo y ardiente en el corazón de sus feligreses el amor á la madre patria, y su activa propaganda en contra de las sectas masónicas que desde años atrás venían extendiéndose rápidamente por toda la provincia, y organizando el plan que más adelante realizaron.

En Arayat se reunían ya por los años de 1890 y 91 en casa de Mariano Alejandrino varios individuos conocidos por sus ideas antirreligiosas y antiespañolas, como eran Pedro Alejandrino, hermano de Mariano, Ramón Nenson, Alcalá y otros que después han sido jefes de la revolución, y que ya por entonces trabajaban con grande actividad en la propagación de sus ideales. Con las especiales dotes que el P. Juan poseía para el púlpito hizo patentes al pueblo en varios de sus sermones los perjuicios espirituales y temporales que de dar oído á aquellas doctrinas podían prevenirle, desenmascaró á los lobos que con piel de oveja se habían introducido en su rebaño, y les pintó con tan vivos colores las calamidades que podían acarrearles tan descabellados

proyectos, que si bien no se convirtieron los sectarios, el pueblo comenzó á mirarlos con horror, y á señalarlos con el dedo, como á gente peligrosa cuyo trato era preciso huir y evitar.

No echaban en olvido estas predicaciones del Padre Juan los enemigos de la Religión y de la patria; y aunque por entonces no les era fácil vengarse como deseaban, todavía se atrevieron en cierta ocasión á amenazarle con la muerte, si no dejaba de predicar contra ellos, amenaza que en nada intimidó á nuestro Religioso, ni le hizo variar de conducta.

En el año 92 puso en conocimiento del jefe del destacamento de la Guardia Civil de México, que Mariano Llanera era el capitán de una partida de tulisanes, que en número de cincuenta á sesenta hombres sembraban con sus fechorías el terror en los pacíficos habitantes de Nueva Écija, Río Chico, Pinac de Candaba y otros puntos de la provincia de Tarlac. Esta denuncia con las averiguaciones y pesquisas que en vista de ella se hicieron, produjo en el teniente de la Guardia Civil D. Alejandro Picazo la convicción de que Llanera era efectivamente un pájaro de cuenta á quien convenía poner á buen recaudo; pero no debió de tomarse por la superioridad con gran calor este asunto, cuando hemos visto que Llanera campó después por sus respetos, y fué luego el prestigioso y activo prohombre de la revolución, á quien todos conocemos.

Esta lucha contra el filibusterismo y la Masonería adquirió aún mayores proporciones cuando en el año 1894 pasó el P. Tarrero á regentar la parroquia de México, pueblo que por su posición más céntrica, por sus mejores vías de comunicación, y por su proximidad á otros focos de propaganda se había dejado contagiar más del virus antirreligioso y antiespañol, y contaba mayor número de afiliados á los contubernios katipunescos.

En el complot que se fraguó y estalló en 1896 aparecieron comprometidos varios feligreses de este pueblo, habiendo sido desterrados á las islas del Sur dos principales agitadores, el joven Maximino Nison y Ruperto Lacsamana. Algún tiempo después se trató de levantarles el destierro, y el Gobernador civil de la provincia pidió al P. Juan un informe de carácter reservado acerca de la conveniencia de adoptar esta medida; pero el P. Tarrero, que no estaba por acomodamientos y temporizaciones, y que conocía el mal efecto que habían de producir en el elemento sano tales debilidades, declaró franca y lealmente que no convenía. El informe, sin embargo, no tuvo efecto alguno. Después del vergonzoso pacto de Biac na-bató volvieron á su pueblo los dos proscritos, y tan sincero fué su arrepentimiento y tanta su gratitud por el beneficio recibido, que no tardaron en establecer en México el *Comité provincial revolucionario*, que en comunicación con el de la provincia de Tarlac, dirigido por Macabulus Solimán, preparase en el momento oportuno la sublevación general de ambas provincias.

Hacia últimos de Mayo del 98 supo el P. Tarrero por confidencias de personas dignas de todo crédito que la mina estaba ya para explotar, y entonces tan buen patriota como sacerdote se dirigió á San Fernando el día 30 á dar cuenta al general Monet de lo que

pasaba, y ver si se podía por algún medio impedir que se verificase el levantamiento; pero al llegar al barrio de Lagundi fué sorprendido y detenido por una partida de individuos armados que por fuerza le obligaron á volver al pueblo. No se le podía ocultar al P. Juan el malísimo cariz que tomaban las cosas y la gravedad de la situación, por lo cual se decidió á escribir una carta al general Monet dándole cuenta de todo, y suplicándole mandase fuerza á guarnecer el pueblo; mas á pesar de haber enviado dicha carta por un sirviente de toda su confianza, y de haber éste procurado cumplir su cometido con el mayor sigilo, fué también preso en

dir que se alterase ésta, y que se llegase á derramar sangre, como forzosamente había de suceder caso de estallar la sublevación.

Según me contaron varios vecinos de México, estando yo prisionero en el pueblo de Arayat (dice el Padre Vázquez en una relación que tenemos presente) (1), un oficial revolucionario se acercó en esta ocasión al P. Juan dándole una fuerte bofetada, y amenazándole en pegarle un tiro con el revólver que tenía en la mano, y como ésta le temblara, fuese por la cólera que le dominaba, ó por los remordimientos del infame sacrilegio, se le cayó el revólver á los piés, disparándose é hiriéndole



ALTO TONKIN.—ENTRADA DE UN PUEBLO CRISTIANO.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 202)

el camino, y conducido maniatado al convento, donde preguntado el P. Juan por los revoltosos si era él autor de aquella carta, y obtenida respuesta afirmativa, le dijeron que desde aquel momento quedaba prisionero de guerra é incomunicado en su cuarto hasta el fallamiento de la causa que se le iba á incoar.

Pronto corrió por la vecindad la noticia, y acudiendo inmediatamente los jefes de la revolución llenaron de improperios á su párroco, que no tenía más pecado que haber cumplido con su deber. Aun más sensible para el P. Juan fué la conducta observada por dos de sus coadjutores indígenas, los cuales en vez de trabajar por la libertad de nuestro Religioso, ó por lo menos consolarle en tan crítica situación, se asociaron á los revolucionarios afeándole con duras palabras su proceder y reprendiéndole su patriotismo; como si fuera un pecado el que un ministro del Dios de la paz procurase impe-

levemente; suceso que se divulgó inmediatamente por el pueblo como un hecho milagroso donde se revelaba la acción divina contra el inicuo sayón.

Me contaron también, añade el mismo, que Maximino y unos cuantos principales fueron varias veces á visitar al P. Juan, y á proponerle, como medio de librarse de una muerte segura, que reconociese el Gobierno y la bandera revolucionaria, ya que la española estaba arriada en casi todo Filipinas; pero una vez más se manifestó la entereza y virtud del P. Juan, contestándoles que nuestra bandera ondeaba aún en Filipinas, y que aunque no ondease, nunca reconocería la bandera del katipunán, así le costase la vida. Retirá-

(1) Los datos relativos á la muerte del P. Tarrero están tomados al pie de la letra de una relación manuscrita del P. Fernando Vázquez, curapárroco que fué de la Pampangá, y prisionero de los tagalos, la cual nos ha sido remitida por el P. Mariano Isar.

ronse un momento para volver luego en compañía de los dos coadjutores, á ver si se rendía á las súplicas de éstos, obteniendo la misma contestación, que prefería morir mil muertes antes que ser traidor á su patria y reconocer una insignia proclamada por las sectas masonicas, enemigas de la Iglesia.

Desde este momento quedó decretada su muerte, que en verdad no se hizo esperar; pues el día 2 de Junio por la mañana le leyeron aquel proceso ridículo en que se le sentenciaba á ser fusilado por los *graves delitos* de haber querido dar aviso al general Monet de lo que pasaba en el pueblo, cuando estaba ya detenido como prisionero de guerra, y por negarse á reconocer al Gobierno revolucionario.

El P. Juan contestó que se conformaba con todo, y que aceptaba gustoso la pena capital por tan honroso motivo, y firmó con mano firme y serena su sentencia de muerte, dejando admirados y estupefactos á aquellos *valientes*, que con catorce mil hombres no se atrevieron á poner cerco á San Fernando, defendido por solos setecientos soldados entre cazadores é indígenas.

Aprovechó luego las horas de vida que le quedaban para confesarse despacio y muy contrito con uno de los coadjutores, D. Isidro García, quien no obstante ser del partido de los rebeldes, y ostentar el título y las insignias de teniente revolucionario, recibió gustoso (dicho sea en su honor) la confesión del P. Tarrero.

A las cuatro de la tarde llenaba la plaza de México una inmensa multitud, ávida, no de contemplar aquel acto salvaje de gente que se decía ilustrada, sino de dar el último adiós al que era dechado de virtudes y se había sacrificado por el bien de su pueblo. Fueron á su cuarto á sacarle cuatro soldados con bayoneta calada y un sargento al frente; el P. Juan tomó un Crucifijo, y apretándole con ambas manos lo puso delante del pecho, y empezó á salir del convento en medio de los cuatro soldados, rezando el salmo *Miserere mei, Deus*, puestos los ojos en Jesús, pidiéndole alientos para llevar á feliz término el sacrificio de su vida por el bien y la salud de aquel pueblo ingrato, que tan horrendo sacrilegio iba á cometer en la persona de su Pastor.

En el descanso de la escalera encontró á Maximino, que conmovido ante la venerable y á la vez valiente figura de su Párroco, y no pudiendo aguantar los retortijones horribles de su conciencia, se acercó á él, ¿sabéis para qué? para besarle la mano por última vez, y pedirle perdón, diciéndole que le habían obligado á confirmar la sentencia.

«Yo también lo creo así, añade el P. Vázquez, pues á pesar de todo, no juzgo á Maximino capaz de cometer por iniciativa propia crimen tan horrendo, aunque sí tuvo en él mucha parte.»

En los bajos del convento esperaba al P. Juan un compañero más, fuertemente maniatado; era el mayor-domo ó sirviente á quien habían cogido la carta para el general Monet: los dos juntos salieron á la plaza, animando el P. Juan á su criado para que sufriera con resignación y paciencia la muerte, ofreciéndola á Dios en expiación de sus culpas.

Hacia las cinco ó cinco y media de la tarde llegó la fúnebre comitiva en medio de un silencio sepulcral á la esquina de la escuela antigua, sita en la misma plaza;

se arrodilló el P. Juan lleno de majestad y dulzura; su rostro parecía de un ángel, sus ojos brillaban como si estuvieran mirando algún objeto que le causaba grandísimo regocijo, y en sus labios asomaba la sonrisa más dulce y encantadora: se adelantaron cuatro soldados, y al ordenarles hacer fuego se negaron á ello; eran sus antiguos feligreses de Arayat, que no querían manchar sus manos con tan infame crimen: los sustituyeron por cuatro de México, y pasó lo mismo; hasta que por fin se acercaron cuatro de Magalang, y levantando sus fusiles, á diez pasos de distancia le apuntaron á la cabeza, cayendo exánime al suelo sin soltar de la mano el Crucifijo, y conservando en su rostro la fisonomía y placidez de la inocencia, pues no se desfiguró en nada.

Su sirviente cayó á su lado para no separarse de él jamás, habiendo sido trasladados al poco tiempo á descansar en tierra sagrada por orden de Maximino Nison ambos cadáveres.

No bien se divulgó la noticia por el pueblo, un ¡ay! de dolor brotó espontáneo de todos los pechos; y esta frase que hasta el día de hoy repiten los muchachos: *Petere ning banal, petere ning banal*: «*Han matado al justo, han matado al justo*;» es la condenación más terminante de tan cobarde y vil delito, que clama al cielo venganza contra los autores del bárbaro sacrilegio. ¡Dios les perdone!

FR. MANUEL DíEZ AGUADO.

Colegio de Padres Agustinos de Novelda (Alicante).

DIEZ AÑOS EN EL ALTO TONKIN

POR EL P. GIROD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS

III.—PARTIDA PARA BAU-NO.—JUBILEO EN NGOC-THAP.—SECUESTRO DEL PÁRROCO DE DU-BO.—EL BO-GIAP.—TIEN-KIENG.—LOS SPAHIS DE THANH-MAIL.—DUC PHONG.—EL P. CAP.—MICROSCÓPICA COLUMNA.—¡ATENCIÓN!

Debemos ahora ponernos en camino hacia Bau No, punto principal de parroquia situada á la izquierda del río Rojo, ocho kilómetros más abajo de la estación militar de Viet-Tri, donde hemos de celebrar la fiesta de la Asunción. El tiempo era pésimo, llovía á mares, y el calor hacía sudar el quilo. Felizmente los PP. Richard é Idiarth, que nos acompañaban, eran buenos andadores, y después de caer repetidas veces en el lodo, llegamos por fin sin otro percance á Bau-No.

En la puerta de la ciudad el anciano P. Khoan, que rige la parroquia, dispuso presentasen armas algunos jóvenes bomberos, provistos de históricos fusiles de mecha y pedernal. Estallaron en honor nuestro dos ó tres paquetes de petardos, y en medio de multitud de muchachos que batían palmas y prorrumpían en exclamaciones de júbilo, entramos en la iglesia, antigua pagoda de la que se expulsó al diablo. En todo reinaba suma pobreza; la casa parroquial era una choza arruinada. Pero nada es sagrado para los piratas, y pronto el incendio y la matanza se enseñorearán de estos lugares.

No empecemos, sin embargo, con lamentaciones. La Santísima Virgen nos protege: misioneros franceses y anamitas nos consideramos dichosos al celebrar solemnemente la gloriosa Asunción de María, Reina de los Angeles y de los hombres. En cuanto al porvenir... *Sub tuum præsidium confugimus, Sancta Dei Genitrix!*

Mientras nuestros compañeros regresaban á Son-Tay, el P. Ambrosio Robert y yo, *bini ante faciem Dei*, fuimos á predicar el Jubileo á Ngoc-Thap, distante veinte kilómetros, al Noroeste de Bau-No. Los cristianos de las poblaciones vecinas, Ha-Thach, Tru-Mat, Bai-Rong y Thanh-Lau, se apresuraron á responder á la gracia de Dios con tan viva fe que alegraba el corazón de los misioneros.

Una mala noticia vino á turbar nuestra satisfacción: el P. Truyen, párroco de Du Bo, acababa de ser secuestrado por los piratas. Este sacerdote indígena, que á la sazón hallábase en la cristiandad de Ngoi-Lao, junto á una estación francesa, había dado algunos informes útiles á los oficiales de la región: con objeto de vengarse y al mismo tiempo aterrorizar el país, medio práctico de acuñar moneda, el Tan-Giat, jefe rebelde del *huyen* de Ha Hoa, obrando sin escrúpulo hizo secuestrar al excelente párroco. Debíamos, pues, andar alerta, tanto más cuanto cerca de nosotros, en Ta-Xa y Ngo-Xa, bandas de rebeldes secuestraban, robaban y amenazaban dar muerte á los cristianos.

El jefe y organizador de la guerra á todo trance contra los franceses en esta región del río Rojo, lo era á la sazón el famoso Quan-Bo-Giap, ex-mandarín de las tribus de la provincia de Son-Tay. En vez de imitar la vergonzosa fuga de Hoang-Ke-Vien y Luu-Viuh-Phuc, el Quan-Bo-Giap reunió en torno suyo á los partidarios decididos de Anam, y requisando á viva fuerza víveres y dinero, emprendió una guerra de escaramuzas, penosísima para nuestros soldados. Bo-Giap luchó hasta su muerte, en 1889, y sucedióle su teniente, De-Kieu, que en 1893 se vió precisado á someterse al coronel Pamequin.

Empero, no adelantemos las cosas. Por prudencia el Ilmo. Puginier nos había prohibido fuésemos á las parroquias de Yen-Tap y de Du-Bo, donde los sacerdotes indígenas podían entenderse mejor con los rebeldes que los misioneros y los franceses.

Este es el motivo porque después de terminado nuestro trabajo espiritual en Ngoc-Thap, nos replegamos en buen orden hacia Tien-Kieng, importante cristiandad, cuyos diferentes poblados están defendidos por sólidas empalizadas de bambú. Recientemente corrió inminente peligro de ser allí preso el P. Khoan, quien pudo escapar por la puerta trasera á tiempo que los bandidos entraban por la principal. La primera regla del arte de la guerra en este encantador país es tener constantemente dispuesta una salida para escabullirse silenciosamente: de esta suerte se tiene entera libertad de batir el campo.

Por el pronto podemos, sin inquietud, dar la Misión á las buenas gentes de Tien-Kieng. Merced al P. Ambrosio, que muchos de ellos conocieron en Hanoi, cuando la salida de los cristianos de Xu-Doai, todos los días

nos obsequian á cual más. Los habitantes de Tien-Kieng son tan hospitalarios como lindo es su pueblo. Colinas cubiertas de magníficas palmeras y árboles de laca; arrozales regados todo el año por fuentes de agua viva, siendo el *nec plus ultra* que en aquel país la paloma torcaz, la perdiz y los gallos silvestres se crían como en coto reservado.

¿Queréis vivir en Tien-Kieng? No tendréis dificultad en construir una bonita choza de hojas de palma, materiales verdes y ligeros y preferibles á la teja y al ladrillo... salvo en caso de incendio. Otro árbol cual cultivo constituye también gran recurso para esta región, el *cay son* (árbol de laca), suministra abundante barniz de los más brillantes, de mucho uso en el Tonkín. Los muebles y utensilios de toda casa que se respeta deben estar lacados: los tonquineses se laca hasta los dientes. ¡Mal año para los dentistas que aquí se estableciesen, pues se verían reducidos á arrancarse los pelos de la cabeza!

De Tien-Kieng dista poco Thanh-Mai, pueblo de hoy más famoso por una escaramuza nada parecida á la de Valmy. Esta posición á la altura de Hung-Hoa, en las colinas comprendidas entre el río Rojo y el río Claro, había sido sólidamente fortificada por Bo-Giap y su principal teniente Lahu-Nhu. Un batallón de zuavos que marchó contra Thanh-Mai con más precipitación que táctica, tuvo mal éxito (23 de Marzo de 1885). Para vengar gloriosamente este contratiempo el general de Courcy quiso dar un buen golpe; pero cuando después de preparativos formidables se atacó Thanh Mai (21 de Octubre), el enemigo prudentemente emprendió la fuga.

Una compañía de tiradores indígenas y un escuadrón de spahis argelinos ocupaban la meseta de Thanh-Mai en Septiembre de 1886. Hicimos una visita á los oficiales, quienes nos dispensaron cordial acogida. A los pocos días estos señores, montados en sus magníficos caballos árabes, nos trajeron parte de un buey muerto en el campo por un tigre la noche precedente. Dimos buena cuenta del regalo, y ofrecí en cambio un pavo real, que me prometía matar en breve. Dirigiéndome el mismo día á Lang Lang, para asistir á la fiesta patronal de esta cristiandad, situada no lejos del río Claro, volví de mi paseo por la maleza con dos pavos y sus plumas, lo que nos valió muchas raciones de pan, siendo además invitados á un desayuno en el campamento de los spahis.

Después de la clausura del Jubileo en Tien-Kieng, nos trasladamos á Hien-Quan, cristiandad de la parroquia de Duc-Phong, á la derecha del río Rojo. Celebramos allí la fiesta del Rosario, y merced á la buena voluntad de los cristianos, que acudieron solícitos á recibir los Sacramentos, terminamos en breves días nuestras tareas apostólicas. Nos despedimos luego de los buenos habitantes de Hien-Quan, y nos encaminamos al extremo opuesto de la parroquia de Hoang-Ha, junto al río Negro y el monte Ba-Vi.

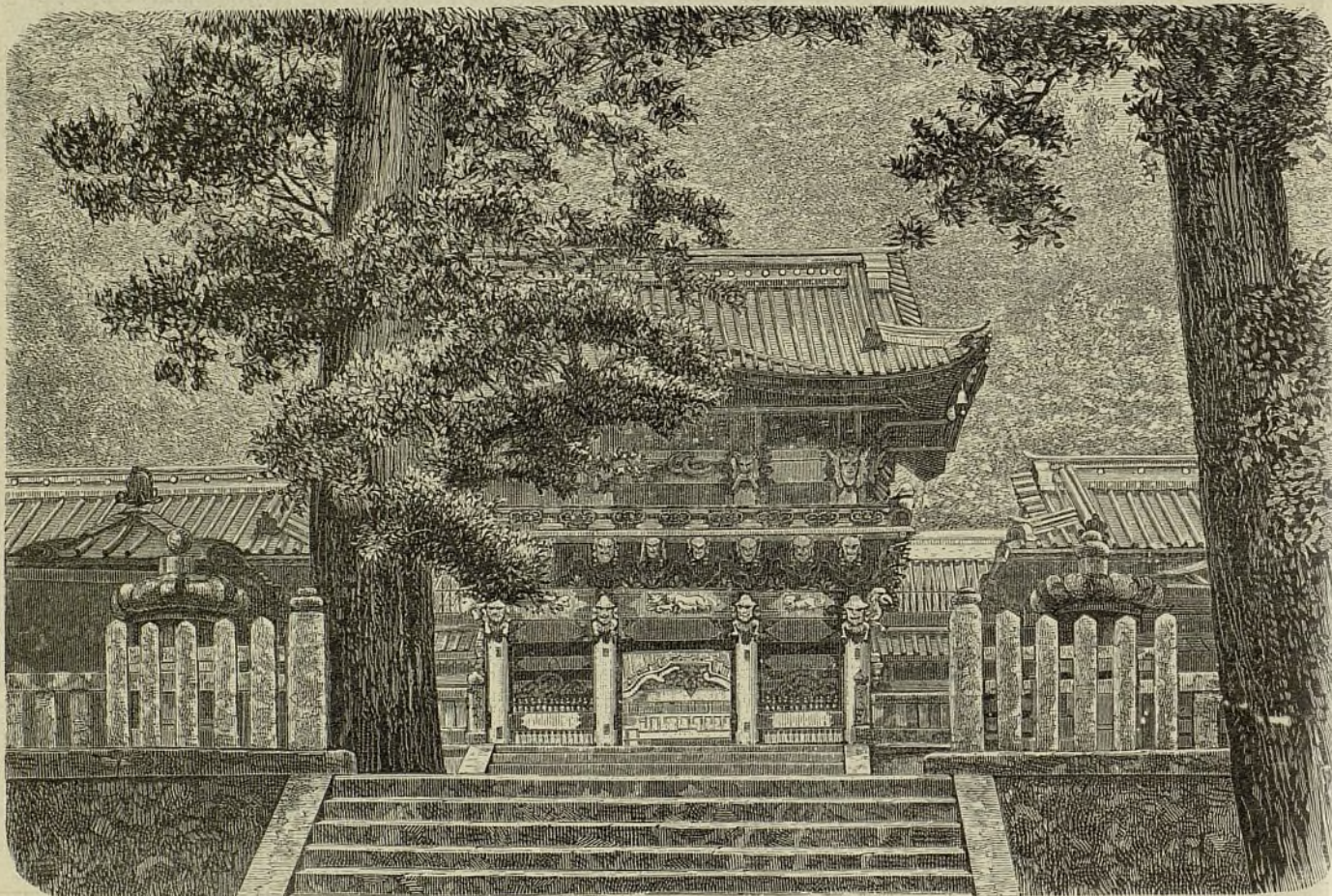
Por el camino pernoctamos en Duc-Phong, pintoresca aldea oculta en medio de un verdadero bosque de bambús, camelias, olivos, palmeras y árboles de laca.

Desde la colina en cuya meseta está construida la casa parroquial, se admira un soberbio panorama toda la parte del país comprendida entre el río Claro y el Sug-chay.

Observación interesante: como posición militar, Duc-Phong no deja de tener importancia: en el dédalo de todos los caminos que serpentean en el fondo de los barrancos, bastarían pocos jóvenes decididos para detener numerosa partida de piratas. Esto no obstante, el año precedente dicho pueblo fué completamente saqueado, entregado á las llamas y destruido hasta sus cimientos, y su anciano pastor el P. Cap, al huir hacia

ludat al comandante y darle noticia de nuestro paso;... de otra suerte corríamos riesgo de que se nos tomase por una partida de piratas. Con amabilidad suma el oficial quería detenernos arrestados hasta la hora del desayuno; pero como debíamos hacer larga jornada, nos dejó partir bajo palabra de honor de que á nuestro regreso iríamos á comer á la ciudadela.

Llegados al río Negro nos detenemos para celebrar un consejo de guerra: ¿cruzaremos el río para seguir la senda de la orilla derecha, más segura, pero muy larga, ó bien permaneceremos en la orilla izquierda,



JAPON.—LOS MONUMENTOS DE NIKKO.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Ribaud, de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 207)

Son-Tay, cayó en manos de los rebeldes. Estos de guarida en guarida lo llevaron hasta Yen-Bai, donde el excelente sacerdote indígena, citado ante el comandante de las tropas chinas, vióse obligado á rezar el *Padre nuestro* en lengua del país, y al pronunciar la invocación: «Venga á nos el tu reino,» fué inmediatamente condenado á muerte como enemigo del rey y partidario de los franceses, y en el acto lo enterraron vivo, cabeza abajo, en el banco de arena que hay al pie del fuerte.

Cuando salimos de Duc-Phong á la primera luz del alba, formábamos una verdadera microscópica columna, ó si se quiere, un convoy apostólico: dos misioneros, el párroco indígena y unos diez catequistas.

A las siete de la mañana hicimos alto en Hung-Hoa. Mientras descansaban nuestros bagajeros y bebían la primera taza de té, entramos en la ciudadela para sa-

donde el camino es más corto, pero peligroso, á causa de tener que pasar por muchas poblaciones paganas? Atendido lo avanzado de la hora y el fuerte calor, nos decidimos por el camino más breve; pero como la prudencia es madre de la seguridad abrimos nuestra caja de armas, y con el fusil al hombro proseguimos la marcha en hilera, al estilo de los indios.

Al mediodía las piernas ó los estómagos necesitan reparar sus fuerzas, y hacemos alto en la casa común del mercado de Lang-Bo. Una rebanada de pan de arroz y un muslo de gallina frío, ¿puede desearse cosa mejor, sobre todo cuando hay buena hambre? además, como dice la antigua balada:

Fraile á quien dura marcha fatigara
Nunca puso al pan seco mala cara.

Dispuestos estábamos á despachar nuestras provisiones cuando se nos acercaron con ademán resuelto algunos hombres de rostro patibulario, en cuyos ojos brillaba la codicia. ¿Querían tal vez aquellos ciudadanos apoderarse de nuestras cabezas? ¡Cuidado, señores; ved cómo se carga de cartuchos el almacén de un winchester! Mas ¡simplicidad la mía! aquellos piratas conocían la maniobra mucho mejor que yo. Por suerte pudimos levantar el campo sin incidente desagradable. Pocos días después varias personas, menos temibles que nosotros quizá, fueron asesinadas en este mismo sitio.

más de 1,000), extiéndose como sobre verde alfombra en el fondo del valle comprendido entre Ba-Vi y la cordillera de Huoi-Hai (la Hoz), que forman en torno de ella un anfiteatro digno de los Alpes ó los Pirineos.

Aquí hay para satisfacer el gusto de todos los montañeses de Francia y Navarra. Con algo de imaginación los grandes estanques que rodean las tres cuartas partes del pueblo toman la apariencia de lago, en cuya azulada superficie de noche ó por la mañana boga el cazador persiguiendo en silencio ánades, patos y otros animales acuáticos; el pescador puede también echar allí sus redes... siempre en silencio, como en el roman-



ALTO TONKIN.—ACTUAL IGLESIA DE HOANG-XA.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 206)

En Bao-Yen el Quan-Dinh, ex-jefe de piratas que acababa de someterse en la estación militar de La-Phu, nos invita á tomar el té. ¡Buen tipo de pirata, fiero, enérgico! pero ¡qué doblez en su mirada! Además, muéstrase honrado en demasía para que inspire confianza.

Al anoecer atravesamos en barca la llanura inundada en esta estación, y vednos en Hoang-Xa, donde se nos recibe con ruidosa salva de honor.

IV.—HOANG XA: AYER Y HOY.—PASEO POR LAS POSESIONES DE UN JEFE.—ALARMA POR UNA PIERNA DE CORZO.—DESCONFIANZA OFICIAL.—DOS INCIDENTES SIN DESAGRADABLES CONSECUENCIAS.

La cristiandad de Hoang-Xa que ya en aquella época (1886), no contaba menos de 800 almas (hoy tiene

ce. Dios bondadoso nos suministra en todas partes medios de hallar poesía ó si se quiere prosa en el gran libro de la naturaleza, más bello ciertamente que el de la Deuda pública.

Algo faltaba empero en Hoang Xa: una torre con su campana para tocar el *Angelus*. ¡Ay! en 1886 este pueblo cristiano se levantaba apenas de sus ruinas, ó más bien renacía de sus cenizas, puesto que en Tonkín, donde las viviendas se construyen de bambú y paja, el incendio todo lo arrasa. Las Compañías de seguros no tienen necesidad de investigaciones para apreciar el valor de los restos y de las ruinas.

Nuestra instalación compónese de monumentos sencillos y provisionales: dos chozas de bambú destinadas á iglesia y casa parroquial. Para disipar nuestra tristeza los notables que vienen á visitarnos nos explican cómo en otro tiempo, no muy remoto, todo estaba cons-

truido con buena madera de jacquier y de fresno. «Abundaban en la iglesia esculturas de laca y oro... y si la Santísima Virgen nos obtiene la paz, así que la cristiandad pueda reunir algunos miles de ligaduras, todo se restaurará mejor que antes.»

Así lo han cumplido, en efecto: Hoang-Xa posee la iglesia más bella (*Véase el grabado de la pág. 205*) y la mejor casa parroquial del Alto Tonkín.

Nuestros católicos nunca echan la sogá tras el caldero: hay que contar con la Providencia.

—Ea, amigos míos, puesto que los Padres os traen las indulgencias, la amnistía del Papa, conviene aprovecharla, empezando por los ancianos que tienen que arreglar cuentas antiguas. ¿Comprendéis?

—Sí, Padres.

Y el locutorio llenábase de buenas gentes, hombres, mujeres y niños que nos traían arroz, gallinas, huevos, patos y pescado. Nos contemplaban con la boca abierta, pues de mucho tiempo no habían visto dos misioneros en Hoang-Xa. Nuestros anamitas son algo fisionomistas. He sabido más tarde que el P. Ambrosio Robert imponía por su buena presencia y la gravedad de su porte (usaba lentes), mientras que á mí me encontraron vivo (no digo elegante) hablador. ¡Desdicha!... ¡San Bernabé fué tomado por Júpiter, y San Pablo por Mercurio, dios de la medicina y de los ladrones!

En la iglesia predicábamos la caridad, la justicia, el amor de Dios y del prójimo, y en el santo Tribunal recogíamos, con la gracia divina, buena cosecha.

Durante los quince días que pasamos juntos en Hoang-Xa, algunos incidentes vinieron á distraer nuestros trabajos.

Cierto día Doe-Sat, brigante en activo servicio, anunció que quería visitarnos. El caso era serio. ¿Vendrá como civil ó como militar? Si viene como civil nos negaremos á recibirle, y paz con todos; pero si viene como militar, con sables, fusiles, lanzas y rompecabezas... ¡preparémonos!... la cuestión es grave... pero, trataremos de cogerle por las orejas. Por fortuna Doe-Sat no vino, y nuestra heroica decisión pasó al cuadro de reserva.

Invitados por el señor feudal del Ba-Vi á una partida de caza y consiguiente desayuno en el campo, aceptamos con tanto mayor gusto cuanto semejante excursión nos permitiría tratar con nuevas gentes á quienes sería útil conocer á los misioneros.

Partimos muy temprano, y á las dos horas henos en casa de nuestro anfitrión. (*Véase el grabado de la página 193*). La mesa estaba dispuesta, y un cerdo cortado en menudos pedazos y repartido en platos pequeños, nadaba en todas las salsas nacionales, en las que debíamos pescar con palillos de ébano inscrustados de plata. Parca fué la comida, y yo aguardaba impaciente que sonase el cuerno en el fondo de los bosques; mas un cazador vino á prevenirnos que no se hallaban huellas de jabalíes, de gamos ó de ciervos. Pudiera tal vez perseguirse un oso ó un tigre, pero Dinh-Vinh prefirió entretenernos mostrándonos su dragón de Anam y los regalos que le hizo el Residente general.

Algo aburridos nos despedimos de nuestro huésped,

y volvimos á casa rezando el Rosario á la luz de las estrellas. ¡Ave María!

Después de tan largo paseo se imponía el descanso. Así á las diez de la noche dormíamos profundamente, cuando de súbito suenan redoblados golpes en la puerta de nuestra cabaña.

—¡Padres, Padres! exclamaba una voz temblorosa que reconocí era la del párroco; levantaos... ellos vienen.

Ellos, en Tonkín y en aquella época de turbulencia, significaba los piratas.

¡Oh! si es así que aguarden un poco, el tiempo de calzar mis botines de batalla y empuñar la carabina. El P. Ambrosio, como otro Alejandro, dormía á pierna suelta. ¡Ea! ya estoy en el puesto de combate, á la puerta de la choza. ¿Vendrán ó no vendrán?

Ciertamente es poco grato permanecer de centinela á corta distancia de un enemigo invisible y silencioso... Preferible es venir á las manos... Pero ¿qué oigo? Pasos precipitados, gritos, y ¡misericordia humana! grandes risas. Instantáneamente mi ardimiento se desvanece ante una magnífica pieza de caza que nos traen los cazadores montañeses del Ba-Vi. ¡La guardia nacional de Hoang-Xa los había tomado por enemigos!

No importa: ¡alarmas como esta forman el carácter! Entre tanto vuelvo á acostarme. Mañana ó más tarde serán los ataques serios...

Efectivamente, la situación del país no dejaba de causar inquietudes, y en torno nuestro no se hablaba sino de incendios, robos y asesinatos.

A fin de facilitar á todas las cristiandades de la parroquia la celebración de las festividades de Todos Santos y de la Conmemoración de los difuntos, dejé al Padre Robert y el sacerdote indígena en Hoang-Xa, mientras que yo regresaba á Duc-Phong. El 3 de Noviembre debíamos reunirnos en Bau-No, lo que se efectuó felizmente á pesar de dos alarmas, falsa una y cierta la otra.

La víspera de Todos Santos, á las diez de la noche, creyóse en Hoang-Xa que los piratas iban á pasar de las amenazas á los hechos, y toda la población emprendió la fuga á través de la maleza, siguiendo el P. Ambrosio con harto apresuramiento. Tampoco esta vez pasaron los rebeldes á mayores, y la mañana siguiente pudo celebrarse Misa cantada con acompañamiento de música.

El segundo incidente, sin ser falsa alarma, no tuvo consecuencias más trágicas y aun se trocó en victoria. Para volver á Bau-No el Padre bajaba en junco el río Negro, cuando de entre la espesura de cañas que bordean la orilla salieron dos barcas montadas por algunos hombres que fusil en mano se dedicaban á hacer de aduaneros en perjuicio del Gobierno: el Padre tenía, pues, que habérselas con dos falsos aduaneros y dos contrabandistas. Un tiro al aire aseguró la libre circulación, y los defraudadores, viendo que se encontraban ante un europeo, huyeron á toda prisa. Dícese que cayeron en poder de la *Rousse*, representada por el *quan-huyen*, en ronda de policía. Tanto peor para ellos, y tanto mejor para los otros.

Nosotros por nuestra parte, una vez predicando el Jubileo en la parroquia de Duc Phong, hallámonos de vuelta á Bau-No.

(Se continuará).

JAPÓN HISTÓRICO Y ARTÍSTICO

(KAMAKURA Y NIKKO)

RUINAS Y MAUSOLEOS

POR EL RDO. D. MIGUEL RIBAUD, DE LA SOCIEDAD DE
MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS

(Continuación)

Otro artista de la misma escuela, cuya celebridad puede compararse á la de Motonobu, es Sesshu (1414-1506).

Su manera de pintar fué diametralmente opuesta á la de Motonobu: éste buscaba obtener el efecto apetecido mediante colores brillantes que contrastasen vigorosamente. Sesshu, al contrario, servíase de medias tintas, notas finísimas, no empleando ni rojos ni verdes puros. En general pintaba á grandes trazos negros, adornando sus majestuosas creaciones con suavísimas notas de color siempre fino, alegre y lleno de delicadeza. Sus figuras humanas, flores, pájaros, paisajes, dibujados con sentimiento decorativo, y llenos de múltiples y variadísimos motivos de ornamentación, son en la actualidad admiradas como obras clásicas. Recibió el mayor de los honores á que puede aspirar un pintor japonés: el Emperador le confió el encargo, rarísimas veces confiado, de decorar una de las paredes que rodean el célebre palacio de Kyoto.

A fines del siglo XV y principio del XVI el imperio fué teatro de guerras sangrientas. Los descendientes de los Shoguns Ashikagas, afeminados por el lujo y el vicio, eran incapaces de gobernar. La autoridad convirtiéndose en una prebenda que usufructuaba el más fuerte. En este período de amargura surgieron de la turba de los Daimyos japoneses, los tres célebres generales Nobrinago, Hideyoshi y posteriormente Iyeyasu, que después de terribles luchas y empleando medidas de rigor, lograron pacificar el imperio.

Durante este período de lucha las bellas artes sufrieron temporal eclipse. Pero renace la calma, la pujante mano de Tokugawa logra aprisionar y destruir las desbordadas olas de la anarquía, con sabia legislación quita la semilla de futuros desórdenes, y las bellas artes, esas flores de la paz y la civilización, abren á la luz vivificante sus flores henchidas de ricos aromas.

La escuela de Kanes se enorgullece de dos artistas: Yosunobu, el renombrado pintor de paisajes, y Tanyu, su hermano, genio cuya celebridad sólo se humilla ante la del fundador de la escuela.

Corta fué la carrera del primero (murió á los 32 años), pero la lista de sus obras es numerosa, é imponderable el valor artístico de las mismas. Gustaba de copiar los grandes espectáculos de la naturaleza. Las

telas que pintó nos revelan una alma que siente y se conmueve al contemplar los panoramas grandiosos, los gigantescos montes, los mares que besan ó azotan las playas indiferentes. Pintó también dioses y monstruos del budhismo con elegancia y correcto dibujo. Varias obras suyas adornan las paredes del templo de Nikko. Suyos son también la notabilísima figura del templo japonés que precede á la gran puerta de Yomei-món, y los célebres dragones pintados con tinta china sobre los blancos plafones que dan realce y vigor á la forma grandiosamente salvaje de aquellos monstruos imaginarios.

La gloria de Yosunobu queda oscurecida por la de Tanyu (1601-1674), su hermano, cuyas concepciones geniales y atrevido pincel fueron la admiración de su siglo. Su genio tendió las alas por el mundo de los dioses, de los demonios, de los héroes y de los quiméricos ensueños creadores de mil extraños monstruos benéficos ó maléficos. Emulo de Miguel Angel, obtiene en su patria éxito no menos grande y merecido.

Las magnificencias de Nikko le deben sus más valiosas joyas. Al describir en párrafos anteriores los alrededores de Nio-Mon, llamamos la atención sobre los dos elefantes, blanco el uno y negro el otro, que destacan sus líneas caprichosas y geniales sobre fondo oro.

El Tesoro de Mangwanjo, no distante de Sambutsudo, posee de este artista tres *Kakemonos*, que representan el primero un dragón, el segundo un tigre entre verdes bambús y el tercero un Shogun montado sobre un demonio. Al visitar los templos-mausoleos de Iyemitsu, veremos otras espléndidas producciones debidas á su celebrado pincel.

La obra considerada como la mejor de las suyas, son los cuatro colosales tigres legendarios que adornan el templo de Iyeyasu. Sorprende y maravilla la fidelidad con que ha acertado á representar el reposo, la cólera, las fauces descomunales de la fiera temida y respetada en el Japón como rey de los animales, emblema de la sabiduría, príncipe que da el ser á todas las cosas, y símbolo de la pretendida omnipotencia de la fe budhista.

Una de sus más populares creaciones, de la que todo buen japonés posee una reproducción, es el *Ryu*, famoso dragón protector del budhismo, el que después de haber descansado mil años sobre el inmenso Océano, se remontó al cielo donde descansa otros mil años. Surgiendo de entre agitadas olas, vésele subir por el espacio lleno de luz que baña el alto pico vestido de nieblas del Fijiyama. Negras nubes cubren al monstruo, que sube lanzando á través de ellas brillantes rayos. Su cuerpo de serpiente y sus cuatro garras de águila se adivinen velados por las nubes y la luz; pero su cabeza horrible coronada de largos cuernos y extraños mechones de cabellos, aparece clara, precisa, radiante sobre las nubes negras.

Tanyu, el mágico evocador de los seres legendarios, no desdeña reproducir las bellezas de la naturaleza. Al cultivar este género, su pincel no es menos vigoroso y genial. Entre las pinturas auténticas (en la actualidad rarísimas) que de él nos han llegado, citan un paisaje pequeño bañado de la tranquila luz de la compañera de las noches claras, y en él dos hombres que reclinados

en la baranda de la galería de una casa, admiran la encantadora calma de una noche del otoño oriental.

El artista corona el tiempo del apogeo de la escuela de los Kano.

Muerto Tanyu la severidad clásica degeneró, perdiendo su grandeza: los efectos rebuscados y la excesiva y mal entendida riqueza ornamental mataron el arte. El genio del artista no trabaja para elevarse á las regiones de lo ideal. Se limita á copiar la naturaleza y el hombre. El alma del arte desaparece. Y estos fueron los preliminares, los antecedentes de la escuela realista de Shijo, que fué madre de algunos artistas, dignos bajo todos conceptos del nombre de tales, pero nunca pudo igual al esplendor de los Kano, pues no sabían ó habían olvidado que el arte es algo más que la servil imitación de las cosas reales: debe, para lograr su fin, que no es otro que la creación de la belleza, idealizarlas, poner en ellas aquel algo que nace del alma artista y pasa á formar parte integral de la obra pintada ó esculpturada ó de cualquier otra manera producida, aquel algo que las asemeja cuanto es posible á la belleza ideal, que es el Ser perfectísimo. Este es el grande ideal estético que deben perseguir y que no deben descansar hasta lograrlo, cuantos dotados de genio cultivan las bellas artes. Esta es la idea que resume cuanto dice Taine en su célebre teoría de la naturaleza de la obra de arte.

«¿Bastará para crear una obra de arte limitarse á copiar partes relacionadas? No, y lo demuestra el que las grandes escuelas son las que más han alterado las relaciones de unas partes reales con otras.

«Fijémonos, por ejemplo, en la escuela italiana, y en el primero de sus artistas, Miguel Angel, y concretando más, en su obra genial, las cuatro estatuas que enriquecen en Florencia la tumba de los Médicis. Un atento examen nos demostrará que en aquellos hombres y mujeres las proporciones de los miembros no son las mismas de los hombres reales. Recorred la Italia y no daréis con uno que pueda comparárseles. Veréis hermosas jóvenes dotadas de imponderables encantos; hombres de brillantes ojos y salvaje aspecto, modelos de academia, dotados de músculos de acero; pero ni en pueblos ni en ciudades hallaréis mujer ú hombre que se parezca á los héroes indignados, á las vírgenes gigantescas y desesperadas que aquel artista ha reunido en la capilla funeraria. Es en lo más íntimo de su genio y de su corazón donde Miguel Angel encontró las imágenes que admiran las generaciones.

«Sólo podía crearlas el alma de un solitario, de un pensador, de un amigo de la justicia, alma entusiasta y generosa, perdida entre almas muelles y corrompidas, entre traiciones y esclavitud, ante el irremediable triunfo de la tiranía y la injusticia, bajo las ruinas de la libertad y de la patria, amenazado de muerte, comprendiendo que si vivía era por gracia especial, quizás por breve plazo, incapaz de doblarse y someterse, acogido en el envidiable refugio de aquel arte por el cual su corazón magnánimo y su tristeza y desesperación hablan á cuantos lo admiran. En el pedestal de la estatua durmiente escribió el artista: *Dormir es dulce, ser de piedra lo es más, tantos son y tanto duran la*

misericordia y la vergüenza. No ver ni oír es mi dicha: que no me despierten. ¡Ah! hablad quedo.

«Estos son los sentimientos á cuyo influjo debió la creación de las formas que nos ocupan: para exteriorizarlas modificó las proporciones ordinarias (1)...»

Miguel Angel idealizó. Buscó el tipo ideal de la resignación indignada ante el triunfo del mal, y la ha representado con los más expresivos signos exteriores, buscando lo bello, único objeto y fin del arte.

(Continuad.)

MISA PONTIFICADA

SEGÚN EL RITO CATÓLICO ARMENIO

ROMA: LA MISA ARMENIA PONTIFICADA

El día de Todos los Santos nuestro Santísimo Padre el Papa tuvo el consuelo de ver inaugurado en la Ciudad Eterna un Seminario para una de las más importantes Comunidades católicas del Oriente, los armenios.

Este proyecto había sido concebido por el Pontífice Gregorio XVI en 1834, pero no pudo realizarse. En 1867 los Obispos armenios presentaron á Pío IX una súplica rogándole tomase á su cargo esta obra, en la cual ellos fundaban las mejores esperanzas para el país. Sin embargo, nuevas dificultades se opusieron á su realización. A nuestro Santísimo Padre León XIII le ha cabido el honor de llevarlo á cabo. Su Eminencia el cardenal Hassoun ha hecho las ceremonias de la inauguración y ha celebrado el santo Sacrificio según el rito armenio católico. La majestad de este rito en él es muy notable por la asistencia de los Arzobispos y Obispos de todos los ritos. Especialmente el día de Todos los Santos lo hacen más sensible la variedad en la unidad de la Santa Iglesia católica, imagen de los diversos grados de gloria de los bienaventurados en la perfecta unión de la Iglesia triunfante.

ENTRADA EN LA IGLESIA

Bajo el dintel de la iglesia Su Eminencia fué acogido por los Arzobispos y Obispos del rito oriental, y recibió los homenajes de siete diáconos sirvientes y de los alumnos del nuevo colegio armenio, los cuales estaban revestidos del gran roquete oriental. Allí se le llevó el *Pilon* ó capa de púrpura, presentada por el maestro de ceremonias Pontificales; el Cardenal fué en seguida procesionalmente al altar del Santísimo Sacramento y oró un momento. Después Su Eminencia tomó su lugar en medio del presbiterio (el coro) en el trono cubierto con un baldaguín, y allí se vistió con los paramentos sagrados para la Misa pontificada, teniendo en la mano derecha la cruz y en la izquierda el báculo patriarcal, el cual tiene encima un globo.

(1) Taine, *Philosophie de l'art*, vol. I, p. 33.



ALTO TONKIN.—PAGODA Á ORILLAS DEL RÍO.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod. (Pág. 202)

LA PREPARACIÓN

El santo Sacrificio comienza por la confesión, que el Cardenal hace á los piés del altar. En el momento en que Su Eminencia se vuelve hacia los asistentes á las palabras que corresponden á *vobis fratres*, del *Confiteor*, S. G. Mons. Nerciabu, en su calidad de decano de los Obispos del rito armenio, recita en alta voz el *Misereatur*.

EL OFERTORIO

Después del *Introito* de la Misa, el eminentísimo celebrante se prosterna delante del altar para implorar la asistencia del Espíritu Santo.

Se baja la cortina usada entre los armenios, y el Cardenal se vuelve á la mesa de las oblaciones, el *Prothesi* (1), para hacer el ofertorio.

INCENSACIÓN

Se abre la cortina; la gran procesión de la *incensación* se pone en marcha al rededor de la iglesia.

El Crucifijo marcha á la cabeza en medio de los acólitos llevando cirios; vienen en seguida de dos en dos los clérigos, todos los Arzobispos y Obispos asistentes y demás sirvientes, llevando las diversas formas de báculo pastoral usado en el Oriente por los curas, los Obispos y los Patriarcas; por último el Cardenal celebrante llevando en la mano izquierda el candelabro de tres luces, símbolo de la Santísima Trinidad, y en la derecha el incensario, con el cual incensa los altares y todas las imágenes de la iglesia.

(1) *Prothesi*, del griego *Proposición*. Los panes que semanalmente se colocaban en el Santuario.

EL EVANGELIO Y EL CREDO

La procesión vuelve al altar mayor y se entona en himno *Sanctus Deus*; uno de los diáconos presentó el Evangelio al más antiguo de los Arzobispos asistentes, monseñor Sembratoviez, el cual besó el Libro santo.

Después del canto del Evangelio y el *Credo*, se baja de nuevo la gran cortina y el Cardenal celebrante cambió de ornamentos; dejando los paramentos blancos, se vistió de los color púrpura sin humeral ni mitra. Recibe el cáliz y la patena con hostia llevada procesionalmente de la mesa de las oblaciones por los diáconos y servidores, y se coloca sobre el altar.

EL BESO DE PAZ

Se anuncia el saludo de paz, que en el rito armenio tiene lugar antes de la consagración: todos los Obispos asistentes que están al rededor del presbiterio se acercan al altar, según el orden de su promoción, y los abrazó su Eminencia el celebrante. En tanto el arcediano, que desempeña las funciones de turiferario, igualmente los diáconos y clérigos besan el altar, llevándose el saludo de paz á monseñor Cretoni, en su calidad de presidente del Colegio armenio.

EL CANON

En este momento tiene lugar la *consagración* é invocación del Espíritu Santo. El Cardenal hace conmemoración del Romano Pontífice, y responde el coro de diáconos.

EL «PATER NOSTER» Y LA ELEVACIÓN

El clero canta el *Pater noster*, y al concluir la oración dominical, el celebrante teniendo en sus manos las

Especies consagradas, se vuelve de nuevo al pueblo y lo bendice. Se baja la cortina interior para la consumación del santo Sacrificio.

LA COMUNIÓN, ÚLTIMO EVANGELIO Y LA BENDICIÓN

En el momento de la Comunión todos los alumnos del nuevo colegio se acercan á la sagrada Mesa: después el eminentísimo Celebrante se ha revestido nuevamente con el velo humeral y la mitra y da la lectura al último Evangelio.

En fin, Su Eminencia el Cardenal terminó la ceremonia, dando á todos la bendición en nombre de la Santísima Trinidad.

VARIEDADES

LA EMPERATRIZ CARLOTA Y NAPOLEÓN III

En el siguiente fragmento se narra con todos sus detalles la conferencia habida entre Napoleón III y la archiduquesa Carlota, cuando ésta fué á Francia á implorar de aquél que no retirara su apoyo á Maximiliano, cuyo trono amenazaba hundirse.

Haciendo á un lado la aventura italiana, la intervención francesa en Roma, quedan en la época imperial otros dos hechos que dominan á los demás, y que imponen sobre el Emperador y su tiempo como un sello de fatalidad. Estos dos hechos son México y Sadowa.

Al principio de este capítulo invoqué la figura espectral de la desgraciada mujer que, con el alma muerta, y viva del cuerpo, sintetiza el desastre de México. Después de haber atravesado por París para ir á su nueva patria, como aclamada á un triunfo, amada también, altiva con la nueva majestad de su esposo, vuelve de allá fugitiva, mendigando casi, como una pretendiente, víctima expiatoria é injustamente herida por la locura —no me atrevo á decir por el crimen— de Mme. de Metternich y de la emperatriz Eugenia.

Y esta mujer se levanta entonces ante el emperador Napoleón III, á quien hace responsable de su infortunio, como la estatua animada de la desesperación, como la fúnebre expresión de las reivindicaciones supremas.

He contado ya la escena cruel que tuvo lugar en Saint-Cloud, ante toda la corte, y que indicó los primeros síntomas de la demencia en que se hundió la pobre mujer.

Pero hay una escena mucho más dramática, que tuvo por actores la emperatriz Carlota y el emperador Napoleón. Se verificó algunos días después del incidente de Saint-Cloud, y tiene el carácter de una indefinible, de una trágica grandeza, de un horror infinitamente humano.

Muchas veces la emperatriz Carlota, durante su permanencia en París, había pedido al Emperador una entrevista para exponerle los motivos de su viaje á Europa, y para decidirlo á continuar prestando á Maximiliano, su marido, el apoyo que le había prestado y que le retiraba.

Napoleón III, que no ignoraba la naturaleza de la entrevista que se solicitaba de él y que había resuelto abandonar pura y simplemente la empresa mexicana, cargándola á pérdidas y ganancias, eludía las súplicas de la joven; pero llegó un momento en que no pudo negarse á su petición.

El Emperador, bajo la influencia del entusiasmo de Eugenia, bajo la influencia de la intriga diplomática dirigida secretamente por Mme. Metternich, y oficialmente por el príncipe, marido de ésta, tal vez se había dejado convencer de que la campaña de México, la instalación de una monarquía en tierra americana, podía dar algún brillo á su reinado, y había sostenido esta campaña, y había afirmado sus resultados en tanto que el espejismo alucinador de las victorias obtenidas no le había permitido reflexionar seriamente.

Pero siéndole evidente que el emperador Maximiliano jamás obtendría la adhesión de los mexicanos, simpatía afectuosa de un pueblo refractario á todo elemento extranjero; habiendo visto el error que había cometido, se recogió en su tienda de campaña, diciendo: *Alea, jacta est.*

Sin duda que esto era poco generoso; frecuentemente la razón de Estado es cruel, y en sus exigencias no se guía por la generosidad ni por el sentimiento.

Por tanto, cuando Napoleón III concedió á la emperatriz Carlota la audiencia que ella aguardaba con tan febril impaciencia, ya él había preparado su respuesta á la joven, á sus lágrimas y hasta su cólera.

Muy nerviosa, muy excitada, relampagueando en sus ojos una que otra luz de locura, la emperatriz Carlota, oscilando entre el temor y la esperanza, se preparó á recibir al Emperador.

Esperaba, porque trataba de persuadirse que Napoleón III, después de haber erigido un trono para su marido, no permitiría que rompieran su obra.

Temía, porque ya con sus palabras evasivas, por sus señales de desaliento y por la compasión que le atestiguaba el Soberano, le había hecho comprender que estaba indiferente ya al romance de aquel trono americano.

Ella tenía alucinaciones, y como en una obsesión, la visión que la había aterrorizado en Saint-Cloud, el terror de un veneno con que la amenazaban y que querían hacerle beber, se levantaba de nuevo en su imaginación y le producía crisis terribles.

Cuando le anunciaron que llegaba el Emperador fué á encontrarlo, y al momento que se quedó sola con él, precipitó los preliminares de la conversación para llegar al punto que buscaba, estableciendo con claridad lo que le interesaba.

—¿Vuestra Majestad, dijo ella, se ha conmovido al fin con la suerte de mi esposo, lejos de mí, y puedo aguardar que V. M. le preste ayuda?

El Emperador guardó silencio por algunos instantes, y con un acento de gran deferencia, de sincero pensar, contestó:

—Mis compromisos, señora, han concluido, y no puedo renovarlos. Mi deseo mismo sería impotente para cumplirlos; mi Gobierno y las Cámaras rechazarían mi voluntad.

—Sois el amo, señor.

—Soy el amo, señora, el amo obedecido y respetado cuando mis órdenes concuerdan con los intereses y la gloria de Francia. Pero, y al decir esto Napoleón se animó, no soy el amo ni debo serlo para precipitar á mi país en un peligro inminente, en una guerra sin límites y sin resultados positivos para su prosperidad.

—Señor, antes no hablabais así.

—Porque antes aguardaba, señora.

—¿Y qué aguardabais?

—Esperaba que el emperador Maximiliano sabría aprovecharse de la ayuda que le prestaba para hacerse amar de su pueblo, para comprender sus necesidades, para asimilarse á su espíritu y para continuar solo la obra emprendida en común.

—¿Y ahora?

—Ya no tengo esa esperanza.

La joven sintió un estremecimiento; se puso en pie, pasó la mano por su frente, dió algunos pasos por el salón, y exclamó:

—¡Esto es espantoso!

Después, volviendo á sentarse frente al Emperador, continuó hablando en tono de súplica:

—Señor, dicen que sois bueno, que vuestro corazón siempre está abierto á los desgraciados. El infortunio ha herido á mi marido y me hiere á mí; ¡oh, imploro! Otra vez más, señor, venid en auxilio nuestro y os amaremos, y os bendeciremos.

Y tomando una mano del Emperador, intentó llevarla á sus labios y quiso arrodillarse.

Napoleón III rápidamente detuvo este movimiento. Muy conmovido se inclinó ante aquella mujer que le rogaba, posó suavemente en su mano los labios y contestó:

—Habláis, señora, como si vuestro marido corriese algún peligro. Y en verdad, de él depende evitar ese peligro. Que siga á mis tropas en su retirada, y deje allá este ensueño de un imperio que no ha sido más que una pesadilla.

La emperatriz Carlota, se puso en pie llena de altivez.

—¿Y qué, señor, aconsejáis la fuga á mi esposo? ¿La fuga, es decir, el deshonor, la cobardía?

—Un general, señora, no se deshonor, ni comete una cobardía porque capitula, después de haber perdido una batalla. ¿El emperador Maximiliano no está en la situación de un general vencido? Pues que proceda como tal. Dejemos las frases sonoras, con las cuales no se hace nada razonable ni útil. Sufrís, señora; estáis muy nerviosa: por favor, calmaos.

La Emperatriz, de pie, no escuchaba á Napoleón.

—¡Jamás! decía ella con una exaltación creciente, jamás aceptará Maximiliano ese consejo. ¡Jamás huirá! Nunca volverá la espalda á los revoltosos que intentan arrancarle su corona. Morirá, si es preciso, por la causa que ha abrazado, y yo moriré con él.

La voz del Emperador se escuchó de nuevo:

—Señora, os lo suplico, examinad fríamente las razones que os expongo, y los consejos que os doy. De esto depende el porvenir del emperador Maximiliano y el vuestro.

Pero la joven, con la mirada vaga y como perdida en el espacio, como si estuviese fija en un peligro invisible

y que sólo ella veía, parecía no escuchar á su interlocutor. Sus labios se agitaban, y parecían entonar una salmodia.

—Morirá, sí, morirá, y yo moriré con él. Y á ambos nos pondrán en una misma tumba, y allí nos amaremos á pesar de la maldad de los hombres. Y seremos glorificados, y se cantará nuestra gloria.

El Emperador entonces tuvo un movimiento de terror y de impaciencia. Recordaba la crisis que había tenido la emperatriz Carlota en Saint-Cloud, y temía la vuelta del acceso. Suavemente tocó con el dedo el brazo de la joven, y le hizo volverse á sentar. Ella, al principio, le obedeció inconscientemente; después mirándole fijamente, pareciendo no reconocerlo, se vió al fin que recordaba y dijo:

—¡Ah, sí, sois el emperador Napoleón III, ese emperador omnipotente que ha hecho de mi marido un igual suyo, y yo soy, yo, una pobre mujer que os implora por ese desgraciado á quien condenáis!

Después agregó con repentina dureza en su acento:

—¿Es decir que está resuelto? ¿Nos abandonáis, señor, y nada tenemos que esperar de vos?

—Ya os lo he dicho, señora, contestó el Emperador, á quien aquella vuelta á la razón, y á una situación penosa, como era la suya, tranquilizó: no depende de mí, no está en mi arbitrio ser útil á Maximiliano.

Por segunda vez se levantó la joven y de pie, inmóvil, se puso á mirar atenta y tristemente á Napoleón III, quien molesto bajo aquella mirada y por la obsesión magnética que con ella sufría, inclinó la cabeza.

Después Carlota se animó repentinamente, y sin pronunciar una palabra se dejó caer de rodillas á los pies del Emperador, con las manos cruzadas, sin que el Soberano hubiera podido impedir aquella súplica suprema; y ella le habló como hablan los fieles ante el Dios de su fe, en que ponen su última esperanza.

—Señor, dijo ella, y su voz sonaba como una caricia, como una seducción casta y dolorosa, el emperador Maximiliano, mi marido, tiene allá enemigos que no perdonan. Solo contra ellos, será débil, y sucumbirá. Yo he venido hacia vos para salvarlo, y él aguarda mi vuelta con afectuosa impaciencia, como el condenado á muerte cuenta las horas que lo separan del cadalso. Señor, vos habéis amado, y es imposible que el recuerdo de vuestra dicha os deje indiferente ante las afeciones de otro.

Amo á mi esposo, señor, y él me ama: os pido gracia para él y para mí. Os pido no permitáis que se le sacrifique al orgullo de un pueblo insurrecto, y deis la mano que alguna vez ha hecho gracia de la vida á los criminales, la vida de un hombre justo, la vida del emperador Maximiliano.

La pobre mujer se calló, agotada: un sollozo sacudió todo su cuerpo, y como si hubiera puesto toda su alma en la súplica que dirigía á Napoleón III, se desplomó lastimosamente anonadada.

El Emperador, dulcemente intentó levantarla y le prodigó mil consuelos. Pero esta escena que se prolongaba en su desgarradora inutilidad, le apenaba sinceramente, y deseando terminarla, le dijo:

—Haré cuanto de mí dependa, señora, por vuestra felicidad y por la de vuestro esposo, por la seguridad



ZULULANDIA (Africa Meridional).—REYEUZUELO INDÍGENA RODEADO DE SU CORTE.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Rousset, oblato de María Inmaculada. (Pág. 198)

de ambos; pero no puedo engañaros sobre las intenciones de mi Gobierno sobre el negocio que os ocupa: la Francia, en adelante, no combatirá ya por conservar al emperador Maximiliano en el trono de México.

Pero apenas pronunció estas palabras, retrocedió aterrado.

La emperatriz Carlota se enderezó rígida y casi amenazadora, y saltó con la boca contraída, loca, soberbia y espantosamente loca, y afrontándose con Napoleón III, le gritó su angustia, su cólera, su odio.

—¡Señor, dicen que sois bueno, y es mentira! ¡Señor, que sois un soberano magnánimo, y es mentira! ¡Señor, dicen que estáis cubierto de gloria, y es mentira! Sois, señor, un amo sin autoridad, un jefe sin ideal. Sois la fatalidad y nosotros somos vuestras víctimas. Creáis el mal y dejáis que el mal se cumpla; pero el mal rechaza á su punto de partida, y os herirá á vuestra vez, y no iréis lejos, señor. ¡Os hundiréis vos y vuestro trono bajo el golpe de un destino que desconocéis!

Y con una exaltación creciente, en un extravío que más se apoderaba de ella conforme hablaba, extendió el brazo con un gesto automático y exclamó tres veces:

—¡Atrás! ¡atrás! ¡atrás!

Y agregó:

—Señor, á mí es á quien me toca ahora deciros: nada aguardo de vos.

El Emperador, ante este fulgurante apóstrofe, se levantó luego sorprendido. La violencia de la joven despertó su cólera, una de esas cóleras raras y sin límites

que algunas veces asaltan. Pero considerando la desesperación de la emperatriz Carlota, y aun excusándola con la decepción que ella sufría, se calmó, recobró su sangre fría y escuchó, sin decir una palabra, sin hacer un movimiento, las imprecaciones, las maldiciones que ella le dirigía.

Y cuando la emperatriz Carlota, en la explosión final de su angustia, lo arrojó de allí, el Emperador hizo un gesto de profunda conmiseración, se inclinó y salió del salón.

Al volver al palacio se encerró en su gabinete y ordenó que nadie le hablara.

El emperador Napoleón III temía los presagios, y aquella mujer que le arrojaba al rostro duelo prematuro, lo inquietaba. Tal vez en aquella hora le parecía consolador encontrarse á solas con su estrella: creía necesario sin duda consultarla; y en un esfuerzo de imaginación, quién sabe si la veía sonreírse.

¿O acaso en el terror de un presentimiento no la miraría entonces palidecer?

PEDRO DE LANO.

SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

S. J., de Barcelona. 5 ptas.

Enrique Sienkiewicz

BARTEK EL VICTORIOSO

Con aprobación de la Autoridad eclesiástica

CAPÍTULO OCTAVO

EL suceso tuvo cierta resonancia. Los diarios alemanes pusieron el grito al cielo contra la barbarie de los polacos, «*pueblo salvaje cuyos instintos sólo guía el fanatismo religioso.*» A Oscar Boege lo presentaron como heroica víctima: «Dulce y simpático misionero, cuyo único anhelo es difundir la instrucción en el miserable villorrio casi desconocido, ha sido víctima del odio de aquellos campesinos. Es indudable que los alemanes sin distinción de partidos, estarán resueltos á defenderle, pues nadie puede consentir que sea injustamente insultado un hombre digno, etc., etc.»

Bartek ni siquiera sospechaba la tempestad que iba formándose sobre su cabeza. Deseaba que le mandaran comparecer ante un tribunal de justicia, pues allí prevalecía el derecho. ¡Habían golpeado á su hijo, y cuando personalmente y en su calidad de padre fué á pedir explicaciones, osaron atacarle y le insultaron! Además los alemanes se le echaron encima. Le obligaron á defenderse. Le tiraron piedras, una de las cuales fué á darle en la cabeza. ¿A él? ¿A Bartek, el hombre del día, el vencedor de Gravelotte, el que habló con Steinmetz, y ganó muchas y envidiables condecoraciones? ¿Cómo los alemanes podían olvidar tantas proezas? ¿Cómo Oscar Boege osaba afirmar que aniquilarían á los polacos, soldados fieles que lucharon contra Francia con bravura sin igual?

Ni se le ocurrió dudar de su triunfo: la

justicia conocería sus servicios, el brillo de sus gloriosos hechos de armas. Si necesario fuese, Steinmetz vendría á defenderle...

Un día varios policías se detuvieron á la puerta de la casa de Bartek. Iban armados, quizás por temor de fuerte resistencia. Se engañaban: Bartek no pensó en resistir. Le mandaron sentarse en un coche, y él obedeció tranquilo, mientras Magda gritaba llorando desesperada:

—¿De qué te sirve haber vencido á los franceses? ¡Te llevan preso! ¡Esta es la paga que da Alemania!

—Tranquilízate, Magda; la dijo Bartek sonriendo. Sabré demostrar que obré legalmente.

Y cubierto el pecho por las numerosas cruces ganadas en buena lid, presentóse al tribunal, digno, altivo como un triunfador. Los jueces lo recibieron con innegables muestras de amabilidad y deferencia. Admitieron circunstancias atenuantes, gracias á las cuales la condena se redujo á tres meses de prisión, y á pagar en concepto de indemnización 150 marcos á la familia Boege.

Bartek, temblando de cólera, dirigió al tribunal amargos reproches. ¡Qué! ¿Acaso el Estado olvidaba sus múltiples servicios y hazañas gloriosas?

Menester fué, para obligarle á callar, amenazarle con nueva condena por insultos al tribunal del imperio.

¡Bartek encerrado en la cárcel recordaba las glorias pasadas, los triunfos de Gravelotte, Sedán y París!

Sería faltar á la verdad decir que no hubo quien protestase de tan arbitraria sentencia. Algunos polacos, miembros del Parlamento, expusieron en una sesión los malos tratamientos de que eran víctimas sus compatriotas. El heroísmo del regimiento de Posen, merecía que aquel pueblo de valientes soldados fuese tratado con equidad. Afirmaron que Oscar Boege abusaba del cargo de maestro de Poguembín, imponiendo bárbaros castigos á los niños polacos y permitiéndose insultarlos.

Durante esta discusión caía pausada la lluvia, y triste niebla se extendía monótona y densa: los miembros del Parlamento bostezaban y se entró á la *orden del día*.

Bartek seguía en la cárcel, ó mejor en la enfermería de la cárcel: la piedra que recibió en la cabeza fué causa de que se abriese una herida ya cicatrizada.

Cuando la fiebre no le anonadaba, y cansado de soñar delirios recobraba la plenitud de su razón, comprendía que era inútil, completamente inútil, haber muerto tantos franceses.

Magda sufría viendo aumentar sus apuros. Vencían plazos, debía pagar intereses. ¿A quién pedir dinero?

El cura de Poguembín se lo prestara gustoso, pero la caja del buen sacerdote estaba vacía. Su parroquia era muy pobre. Oscar Yarzinski, el caritativo señor que indudablemente se lo regalara, estaba ausente. Susurrábase que se hallaba en Berlín entretenido haciendo la corte á una joven virtuosa y bella. La pobre Magda no sabía qué hacer. ¿Vendería el caballo ó la vaca? Se acercaba el tiempo de la recolección, y luego necesitaría aquellos animales. Retorcíase las manos desesperada. Pidió una prórroga. Enumeró los gloriosos servicios de Bartek. Dijo que antes de la guerra, cuando su esposo trabajaba en el molino, nunca dejaron de pagar cuanto debían.

Y nada, la miraban, la compadecían y callaban. Suplicó á amigos y á vecinos: la guerra les había empobrecido. No se atrevía á presentarse ante Justo el usurero, porque no podía pagarle ni siquiera parte de los intereses adeudados. Pero Justo fué quien se presentó ante ella.

Estaba un día sentada junto al lindar de la puerta, mano sobre mano, extenuada

por los múltiples sufrimientos, mirando las moscas que revoloteaban en el aire, y enviando su felicidad.

—¡Dios mío! gritó de súbito...

Tras la empalizada apareció la alta figura, el rostro delgado, la nariz larga de Justo el usurero. De sus labios colgaba la pipa. Al ver á Magda la dijo:

—¡Morgen! (Buenos días).

—¿Sigue V. bien? preguntó Magda.

—¿Y mi dinero?

—¡Ah! mi buen señor, tenga V. un poco más de paciencia. Soy una pobre mujer, han aprisionado á mi esposo. He de pagar la multa que el tribunal le ha impuesto, y estoy desesperada. ¡Si quisiese esperar, mi buen señor!

Y Magda llorando, besaba la ruda mano del usurero.

—Dentro de breves días llegará Oscar Yarzinski; él, que es un santo, me dará dinero y saldrá esta cuenta.

—¿Cómo pagarás la multa?

—No sé; el único medio es vender la vaca.

—Si quieres te prestaré otra cantidad.

—¡Que Dios le bendiga, mi buen señor! aunque protestante tiene V. excelente corazón. ¡Si todos los alemanes fuesen generosos como V., mis labios, que no se cansan de maldecirlos, los bendecirían sin cesar!

—¿Crees que te presto sin interés?

—No, ya lo sé...

—Bueno, pues, arreglaremos la cuenta de lo adeudado.

—Entendido, mi buen señor. ¡Dios le bendiga!

—Te espero en la ciudad: no olvides los papeles, y cuida que estén en regla.

Magda visitó al cura pidiéndole consejo. ¿Qué podía decirle sino que el plazo era muy breve y muy alto el interés? Mucho sintió que Oscar Yarzinsky estuviera ausente: él la sacaría de apuros. Magda no podía esperar, y aceptó las condiciones de Justo.

Tomó prestados trescientos *marcos*, cantidad igual al doble del importe de la multa adeudada. Necesitaba dinero para la conservación de la mísera choza. Bartek debía firmar el recibo. Magda fué á visitarle y le pidió firmara, á lo cual accedió.

El Victorioso parecía otro hombre: triste, flaco, abatido y preso el corazón de cruel desengaño.

Apeló contra la sentencia y la apelación fué rehusada.

—¡Ay! decía á su esposa, ¡confieso que me engañaba!

Magda le contestó:

—Boege atormenta de mil maneras á Frank. Fui á verle y me dijo: «Los alemanes son dueños de Posen y no temen á nadie.»

—¡Es verdad! ¡son los más fuertes! contestó Bartek con triste acento.

—Soy una pobre mujer, pero afirmo que Dios es el más fuerte.

—Y El, añadió Bartek, es nuestra única esperanza.

Quedaron un momento silenciosos; luego Bartek preguntó:

—¿Cómo pagaremos á Justo?

—Si Dios nos da abundante cosecha, la solución es fácil; además confío que Oscar Yarzinski nos ayudaría. Dicese que está próximo á contraer matrimonio con una joven muy rica.

—¿Volverá pronto?

—¡Quién sabe! En el castillo afirman que dentro corto plazo llegará acompañado de la que ha de ser su esposa. Los alemanes han invadido Poguembín y la ciudad. Son muy numerosos y nos tratan... ¿Cómo pagar á Justo? El documento que hemos firmado nos pone á su disposición; si no pagamos, nuestra casa es suya. Justo es mejor que los demás alemanes. Pero ante todo mira sus intereses, y estoy cierta que no nos perdonará un céntimo, pues nunca lo ha perdonado á nadie. ¿Cómo no comprendí el por qué me ofrecía dinero? ¿Qué hacer? ¡Habla, hombre, habla! Tú que venciste á los franceses, ¿qué harás cuando no tengamos techo que nos cobije, ni un mendrugo de pan que nos salve del hambre?

El vencedor de Gravelotte anonadado oprimíase la cabeza con ambas manos, y murmuraba:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Magda tenía excelente corazón: el dolor de Bartek la entristeció y dijo:

—No te apures. Si Dios nos da buena cosecha todo se ha salvado. Y la espero: el trigo crece ufano: las lluvias lo protegen, y además nuestra tierra no es alemana. Ella no engaña, es agradecida; mientras luchabas la cultivé lo mejor que supe: pagará mi trabajo dándonos trigo abundante.



Magda tenía excelente corazón: el dolor de Bartek la entristeció y dijo: —No te apures

Y añadía sonriendo á través de las lágrimas:

—¡Porque nuestra tierra no es alemana!

—¡Magda! exclamó Bartek mirándola conmovido, ¡Magda!

—¿Qué?

—Tú eres... eres...

Embargaban á Bartek emoción profunda y agradecimiento vivísimo, pero no acertaba á expresar lo que sentía.

OBRAS NUEVAS

QUO VADIS...?

por E. Sienkiewicz, traducida por don Bartolomé Amengual. Edición aprobada por la Autoridad eclesiástica, precedida de una carta prólogo del eminentísimo y reverendísimo señor Arzobispo de Sevilla.

Un tomo de 500 páginas, 2 ptas. en rústica, y 3 elegantemente encuadernada. Certificada por correo, 50 céntimos más.

Véndese en esta Administración.

LIDIA

por Aurora Lista.—Adornada con profusión de grabados por don Ricardo Opisso.—50 cént. en rústica, y 1 pta. en tela.

TIERNOS Y AMOROSOS AFECTOS

que compuso el V. P. Fr. Pedro Urraca, del Orden de la Merced, utilísimos para negociar con Dios el perdón de nuestros pecados, especialmente después de la Santa Misa.—Un opúsculo en 16.º, 10 cént. Por cada diez que se compren se dan dos de regalo.

LOS SALMS DE DAVID

Traduhits directament del Hebréu, per lo catedràtic de aquests assignatura en lo Seminari de Tarragona, D. Tomás Sucona y Vallés, canonge.—Un tomo en quart, 6 pesetas en rústica. Per corréu, en paquet certificat, 6'50.

Para los pedidos dirigirse á don Miguel Casals, *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona.

HOMEOPATÍA

Cajas, carteras, botiquines, desde 6 á 500 pesetas. Obras de Homeopatía de todos los autores: Tinturas, trituraciones, glóbulos, diluciones y todo lo relacionado al sistema. Unica Farmacia Homeopática aprobada por la Academia Médico-Homeopática. Calle Santa Ana, 5.

MÁQUINAS PARA COSER

Y HACER CALCETA.—MARCA ESTRELLA

AL DETALLE, HOSPITAL, 110, BARCELONA

POR MAYOR, TALLERES EN BADALONA

Colección completa de LAS MISIONES CATÓLICAS.—Los ocho tomos publicados forman un total de cerca de 4,000 páginas, en folio, y 1,200 grabados y véndense al ínfimo precio de 63 PESETAS.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona

CÉDULA PARA BIEN MORIR.

Segunda edición. A 7 ptas. el ciento.

Impresa en papel mate superior. Consta de 4 páginas de 27×49, en la primera de las cuales figura una muy artística copia del Sagrado Corazón de Jesús, reproducción del celebrado cuadro del P. Morell, S. J.—Por correo, y en paquete certificado, 50 cént. más.

Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.

Se ha repartido á los señores subscriptores el DECIMO CUADERNO del

AÑO SACRO

ó lecturas y ejercicios para las principales festividades del Calendario cristiano, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

Contiene: Mes del Sagrado Corazón (conclusión).—La Natividad de San Juan Bautista.—San Pedro y San Pablo, apóstoles.—La Visitación de Nuestra Señora.—El Santo Escapulario.—Santiago, patrón de España.

Numerosos grabados intercalados al texto, y hermosa lámina suelta impresa en papel mate, reproducción del cuadro de Gagliardi: *San Ignacio de Loyola admite en la Compañía de Jesús á San Francisco de Borja*.

El precio de subscripción á toda la obra es de **siete pesetas**. El que se subscriba y pague por adelantado diez ejemplares, recibe dos gratis, ó sean doce ejemplares en cada reparto. Puede también hacerse la subscripción **en dos pagas, ó sea 3'50 ptas. para el primer tomo, y las otras 3'50 restantes al empezar la publicación del segundo tomo**.

Dirigirse á D. Miguel Casals. *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona, y en casa de los señores Corresponsales de la misma.

NOTA.—El precio de la obra terminada la impresión será para los no subscriptores **8 pesetas**.

Prospectos gratis á quien los pida.

NUEVAS EDICIONES DE LAS ARTÍSTICAS ESTAMPAS DEL SAGRADO CORAZON DE JESÚS

En papel mate y orladas con un filete dorado. Se han impreso en distintos tamaños. Unas de 11 × 18 centímetros y otras de 7 × 14, formando éstas últimas una hojita de cuatro páginas y conteniendo las promesas del Sagrado Corazón.

Ambas se venden á **3 pesetas** ciento, y **25** el millar. En paquete certificado, 25 céntimos más.

Rogamos que al hacer el pedido se indique claramente qué tamaño se desea.

Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona

MÁQUINAS PARA COSER Y HACER MEDIAS.

LOS MEJORES SISTEMAS CONOCIDOS.

Vende á plazos.

DA TRABAJO TODO EL AÑO.

Cambia, compone y enseña gratis á domicilio.

SALVADOR TORRAS, calle de Sta. Ana, 2, pral. (esquina Rambla)
Se hacen y componen medias y calcetines. Colores sólidos.

MEDALLAS RELIGIOSAS

TALLERES VALLMITJANA, GRACIAMAT, 6, BARCELONA

GRABADORES DE MEDALLAS en todas formas y en toda clase de metales.—Constructores de toda clase de artículos para el CULTO RELIGIOSO.—Exportadores al extranjero y Ultramar.—Proveedores de las principales Ordenes religiosas y Santuarios.